

NOVELAS DE PUNTO ROJO

PUNTO

ROJO

LA LISTA NEGRA

Lou Carrigan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección LA HUELLA:**
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:**
364 — Tumba india.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
216 — Firmado: Baby.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:**
286 — Si vas por el camino del diablo.
- En Colección PUNTO ROJO:**
814 — En mi góndola te espero.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
1.427 — Mundo feliz.

LOU CARRIGAN

LA LISTA NEGRA

Colección PUNTO ROJO n.º 96
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES • CARACAS • MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 38.273 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: en esta Colección: diciembre, 1977

© Lou Carrigan - 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parcels del Vullès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Morton, capitán de Homicidios, recibió a Rix, inspector del FBI en la Delegación de Nueva York, en el extremo del puentecillo colgante que unía tierra firme con su casita en el muelle.

—Hola. Soy Morton, de Homicidios.

—Yo soy Rix, del FBI.

Los dos se echaron a reír. Se conocían hacía por lo menos cuatro años y se habían visto juntos en más de una situación fea.

Morton era pequeñito y gordo, pero con una expresión tan viril y simpática en su mofletudo rostro, que era necesario ser tonto para no sentirse por lo menos algo impresionado.

Rix era más alto, delgaducho y hombros flacos. Llevaba lentes... Y también hacía falta ser tonto para imaginarse que un hombre que lleva lentes no ve más allá de sus narices. Sobre todo, con aquellos pequeños ojos de pájaro en pleno vuelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rix.

—Pues se han cargado a un tipo.

—¿Una buena persona?

—No digas tonterías, Rix. Si el muerto fuese una buena persona no te habría sonreído al llegar.

—Claro, claro... Un maleante.

Morton encogió los hombros.

—Un desdichado —aclaró, como de mala gana—. Uno de mis hombres cree haberlo reconocido.

Rix miró las sucias aguas del puerto y torció el gesto. Encendió un cigarrillo y miró de nuevo al capitán de la Sección de Homicidios en Nueva York.

—¿Qué quieres decir con eso de que tu muchacho «cree» haberlo reconocido?

—Pues que no está muy seguro.

—¿Tu muchacho es tonto, Morton?

El hombre de Homicidios echó algo que parecía una sonrisa.

—Se trata de Lloyd, el mejor de mis tenientes.

Rix se rascó la nariz.

—¡Caray!

—Así están las cosas.

—Espera. ¿Lloyd no ha reconocido de un modo total a ese cadáver?

—No.

—¿Por qué motivo?

—Lloyd tiene treinta y dos años, es un trozo de acero y su mirada le hace sentirse a uno como bajo las lentes de un microscopio. Pero no arriesga su reputación, Rix. Mira, no hablemos más y ven a ver el cadáver. ¿Te parece bien?

—Si no hay más remedio...

—Te pagan para ver cosas así. Ven a la casa... Te adelanto que no es un palacete de la Quinta Avenida.

—Estoy acostumbrado a lugares como éste. Y hace casi veinte años que aprendí a hacer de tripas corazón. Veamos eso.

En la punta de tierra firme había un *policeman* y otro ya en la entrada a la casita flotante. Olía un poco a agrio y a húmedo, a viejo. Seguramente, era uno de esos crímenes sórdidos que pasan a los ficheros de «Pendientes», debido a que han sido cometidos por naderías entre gente de baja estofa y vida incontrolada.

La casita se sostenía sobre unos cuantos postes hincados en el fondo y estaba rodeada de una estrecha plataforma sin barandas que presagiaba peligro de caída al agua.

Había cascaras de naranja, pequeños trozos de madera y algunas latas vacías...

No parecían pertenecer a la misma familia aquellas gaviotas y las de Miami Beach. Había un poco de bruma.

Y a lo lejos se veían las luces de los más altos edificios de Manhattan.

Dentro de la casa había varios hombres, todos ellos pertenecientes al Departamento de Policía de Nueva York. Algunos tenían cámaras con *flash* en las manos y uno de ellos una cinta medidora.

—Parece que estáis adelantando trabajo, ¿eh? —Gruñó Rix.

—Habíamos empezado. Pero de pronto me dije que mi tiempo es

oro y que el FBI quizá solucionase el caso con más facilidad y menos pérdidas de tiempo.

—¿Y el cadáver?

—Tapadito, para que no se resfríe... ¿Qué opinas de todo esto?

Morton hizo un amplio ademán con el brazo derecho. Una sola habitación donde, al parecer, se dormía, se comía, se vivía... y se moría.

El bulto tapado con una sábana no podía ser otra cosa que un cadáver.

Dos ventanas daban al exterior y tenían vista al mar de aguas sucias. Una pequeña puerta daba a la trasera de la casita. Si era como todas, aquella trasera no debía ser más que una especie de terraza de piso de madera que daba al mar. Hacía falta un gran estómago para vivir en semejante lugar. Tomandoselo eh serio, y adecentándolo un poco, casi podía resultar agradable.

Había montones de colillas, calcetines sucios, latas vacías, periódicos, revistas...

—Opino que es asqueroso. Supongo que si han matado al hombre que vivía aquí no ha sido para robarle.

—Poca cosa podrían robar. Pero lo cierto es que lo han matado.

El inspector del FBI fue hacia el bulto tapado y levantó la punta de la sábana correspondiente a la cabeza. Era un experto. Había visto y examinado cadáveres en todas las posturas. Nada más ver la sábana, la manta, la lona o los papeles de periódicos, sabía dónde estaba la cabeza y dónde los pies.

Vio la cabeza. Era lo que esperaba. Pero lo demás, ni mucho menos lo había esperado. El cadáver correspondía a un hombre cuya edad podía calcularse en unos cuarenta años.

Rix alzó un poco más la sábana y vio los tres impactos de bala, casi juntos, sobre el corazón del desdichado. Aquel hombre carecía de una oreja y de un ojo.

A aquel hombre se le había arrancado un ojo y cortado una oreja. La sangre estaba ya un poco seca.

El ojo que quedaba en su rostro estaba muy abierto. La barbilla del cadáver estaba echada hacia un lado, en una crispada mueca que, aparte de no resultar agradable, parecía expresar estupefacción.

—¿Cuánto hace que murió?

Una voz que no era la de Morton contestó, al inspector del FBI:

—Unas veinte horas.

—Ya... Hacia las once de la noche de ayer.

—Exacto.

Rix tocó una mejilla del cadáver, la frente y muy levemente el párpado inferior desprovisto del globo ocular.

—¿Cómo fue?

—Primero le mataron. Luego le cortaron la oreja, le sacaron el ojo y le cortaron la mano derecha.

Rix destapó el cadáver, hasta que pudo ver más abajo de Ja cintura. Según las definiciones anatómicas, la muñeca de un individuo normalmente constituido queda a la altura de la ingle, luego, viene la mano, hasta algo más de medio muslo.

En aquel cadáver, la mano derecha no estaba. Faltaba de aquel cuerpo hacía más o menos el mismo tiempo que el ojo derecho y la oreja izquierda.

—Debió ser una pelea terrible —musitó.

—No hubo pelea, Rix —sonó de nuevo la voz de Morton—. Ven y te explicaré lo que creemos haber averiguado.

El inspector del FBI se incorporó.

Morton señaló una lata que había sobre la inestable mesa.

—Observa esto, Rix. Parece como si la lata hubiese sido empleada como picota. ¿Has visto el cuchillo?

—Claro que no.

Un agente de Homicidios trajo un gran cuchillo de cocina, oxidado, mellado, pero cuyo poder cortante no parecía demasiado mermado. Tenía sangre seca en el filo mellado.

—Atiende. El asesino llegó aquí, mató a Shuster y luego se molestó en cortarle la oreja, la mano y en sacarle un ojo. Suponemos que lo de cortarle la oreja y sacarle el ojo no le representó gran dificultad. En cambio, para la mano, tuvo que recurrir a esta lata, colocó la muñeca del muerto en ella y dio un mandoble para cercenarla.

Rix se pasó la lengua por los labios.

—¿El muerto se llama Shuster?

—Fred Shuster, y volvemos a lo que te dije antes, Lloyd cree que es Fred Shuster... Lloyd, ven acá.

Un hombre alto, de hombros anchos y mirada hosca se acercó a

Rix y Morton.

—¿Qué tal, Lloyd? —saludó Rix—. Entiendo que usted cree reconocer en ese cadáver a un hombre llamado Fred Shuster.

—Así es.

—Bien... ¿Cuál es la duda respecto a su identidad?

—Ninguna. Quiero decir que casi juraría que es Shuster. Pero, en las condiciones en que ha quedado, no quiero apostar nada. Se parece a él, viste como vestía él, ha sido hallado donde vivía él y yo creo que es él. Pero como le queda una mano las huellas lo harán todo por mí.

—Entiendo que está muy... desfigurado. ¿Estaba fichado ese Fred Shuster?

—Nada que interesase al FBI. Era un desdichado. Raterías, borracheras, pequeñas miserias, peleas en la Cuarenta y Dos...

—Un desdichado, en efecto. ¿Manejaba mucho dinero?

Una sonrisa irónica apareció en los labios del teniente Lloyd.

—Menos, que usted y yo.

—Vaya... Eso es grave —sonrió también Rix—. ¿Trabajaba?

—Ni hablar.

—¿Qué más han sabido?

—Nada más, pues el capitán Morton decidió avisar al FBI porque existía mutilaciones...

—Bien, parece que el caso es nuestro, en efecto. ¿Qué hay del ojo, la mano y la oreja?

—Nada. Ni rastro. Lo que sí hemos notado nosotros, y espero que usted también, es que las cosas están un poco revueltas.

—¿Un registro, Lloyd?

—Eso parece.

Rix volvió a rascarse la nariz, mirando a su alrededor.

—Creí que todo era desorden natural en un tipo como ese Shuster. Pero ahora que me dijo... ¿Qué podían buscar aquí? Supongo que no sería dinero.

—Es poco probable.

—Bien... ¿Quieres venir, Stanton?

El forense del Police Department de Nueva York se acercó.

—¿Puedes explicarme algo?

—Ya lo he dicho: hace veinte horas que murió. Luego le cortaron la mano y la oreja y le sacaron un ojo.

—¿Luego? ¿No antes?

—En el FBI tenéis mejores forenses —gruñó el forense de Homicidios—. Quizá ellos te aclaren las cosas mejor que yo.

—No seas tonto —sonrió Rix—. Es una manera de hablar. Quedamos, pues, en que es seguro que primero lo mataron y luego lo mutilaron.

—Eso creo yo.

—¿Murió en seguida?

—Cualquiera de las tres balas que tiene en el cuerpo era suficiente para matarlo.

—Entonces no se trata del..., trabajo de un aficionado, sino de alguien que sabe manejar, una pistola... ¿O no fue una pistola, Stanton?

—Si me dejas hacerle la autopsia lo sabré. No he visto las balas. Pero si quieres conocer mi opinión...

—Por supuesto.

—Una pistola, grande, calibre cuarenta y cinco. Los disparos fueron hechos de muy cerca. Como cinco pies.

—Muy bien. Gracias, Stanton —Rix miró a Morton—. ¿Algo más?

—Hemos preferido dejároslo todo de primera mano, Rix.

—El caso es mío. De nuevo gracias y hasta la vista a todos.

—Que te diviertas —se burló Morton.

Rix soltó un gruñido. Estuvo mirando a los hombres del Police Department hasta que todos ellos hubieron salido de la casa flotante.

Sólo los tres hombres que habían llegado allá con él en el coche quedaron en la casa.

—Rowie, llama a la Delegación desde el coche. Quiero aquí un equipo completísimo... antes de diez minutos.

El agente salió de la casa.

—Vosotros dos, Planet y Sawyer, daos una vuelta por ahí fuera. Cuidado con lo que tocáis. ¿Entendido?

Rix quedó solo. Se sentía deprimido, sin duda como consecuencia del asco. Y aquella noche tenía pavo para, cenar... Pavo. ¿No era aquello una maldita casualidad?

Estuvo mirando la lata que, al parecer, había servido de picota. Aquello podía admitirse, ya que en el borde se veían dos hendiduras

que podían, ser unidas por una línea recta. Luego había sangre en la lata y en el cuchillo de la cocina.

CAPÍTULO II

Tal como había ordenado la noche anterior, Rix encontró la ficha de Fred Shuster sobre su mesa la mañana siguiente.

También estaban en el despacho los agentes Bowie y Planet, fumando.

—¿Y Sawyer?

—Buscando algo.

Se sentó, tomó la ficha de Shuster y la repasó. Sólo leía los principios de palabra, el resto lo adivinaba, en realidad era como si fotografiase las palabras en lugar de leerlas. La ficha de Shuster ratificaba las palabras del capitán Morton, de Homicidios: un desdichado.

Rix se quitó los lentes y empezó a limpiarlos con una gamuza.

—Adelante —dijo.

—Apenas salió el sol, dos hombres-rana se dieron una vuelta por el fondo del mar, en los alrededores de la casita. Dos expertos del Servicio. No encontraras nada. Es decir, botes vacíos, zapatos viejos...

—¿De Shuster?

—A simple vista, parece que sí.

—¿Apareció la oreja, o...?

—No. De eso, nada. La casita había sido registrada, pero no se encontraron huellas de ninguna clase, debieras actuar con guantes.

—¿Debieron? ¿Más de uno, Bowie?

—Cualquiera de las tres balas, en efecto, bastaba para matarlo. Fue mutilado después de morir, de modo que no cabe pensar que le torturasen para obligarle a decir algo. Según parece, la pistola es una «*Parabellum*» antigua.

—No ha sido hallada, claro.

—Claro. Planet y yo nos dedicamos a investigar qué vida llevaba Shuster durante los últimos tiempos. Nadie sabe nada de él. Parece

ser que era un tipo algo raro, no demasiado sociable, ni, siquiera con los que son como él. Tiene algunos vecinos de muelle, pero todo lo que pudieron decirnos fue eso: que era un tipo raro, sin amigos, y que vivía por su cuenta nadie sabe de qué ni cómo.

—¿Familia?

—Ni mucho menos. Un desdichado que pasaba en solitario por la vida.

—Bonita frase —sonrió Rix—. ¿Algo más?

—Bueno, por supuesto, el cadáver fue definitivamente identificado. Es Shuster, claro.

—Bien. ¿Qué es lo que está investigando Sawyer?

—Un billete de mil dólares.

—¿Un billete de mil dólares? ¿De dónde lo sacasteis?

—Estaba dentro de uno de los calcetines que Fred Shuster llevaba puestos.

Rix quedó boquiabierto.

—Envuelto en plástico, muy bien dobladito. Era completamente nuevo, Sawyer está ahora buscando el Banco que lo entregó y a quién. Siendo de mil dólares y nuevo, creemos que se conseguirá una pista.

—Hum... Quizá era ese billete lo que buscaba quien mató a Shuster. Es posible que se le diese como pago por alguna cochinada, decidiese luego silenciar a Shuster y quiso recuperar el billete. ¿Os parece probable?

—Algo así hemos pensado nosotros. Pero...

—Pero Fred Shuster no parece la clase de tipo al que le pagan mil dólares por un trabajo. ¿Es eso?

—Sí, señor.

—Mil dólares en un billete flamante y metido en el calcetín envuelto en plástico... —susurró Rix—. Bien, quizá saquemos algo en claro de eso. Podéis marcharos. Continúad investigando la vida de Fred Shuster, No es necesario que me llaméis, a menos que ocurra algo importante. Si no es así, os espero a la hora del almuerzo, estáis invitados.

A las doce y cuarto de la mañana se presentó el agente especial Sawyer en el despacho de Rix. Y por su expresión, el inspector comprendió que el agente había descubierto algo.

—Localizaste al dueño del billete, ¿eh? Magnífico. ¿Quién es?

—Waldo T. Zucker.

—¿Le conocemos?

—De momento, no lo sé. Pero su nombre consta en la guía telefónica de Manhattan. Vive en Madison Avenue, en el cruce con la East 59th Street, muy cerca de Central Park, claro. Este billete fue entregado contra un cheque extendido y firmado por Zucker por un valor de cien mil dólares.

Rix se quedó viendo visiones.

—¿Cien mil dólares? Cascaras... ¿Quién cobró ese cheque?

—La secretaria de Zucker. Bueno, es su secretaria y su enfermera a la vez. En el Banco conocen bien a Waldo T. Zucker. Es un millonario inválido. La chica, la secretaria-enfermera se llama Janet Merrit y el empleado del Banco-Sawyer sonrió —dice que haría cualquier cosa por ella.

—Ya... Una linda chica, ¿eh? ¿Qué se sabe de Zucker?

—He pedido informes a Washington. Nos contestarán por teletipo, ya he encargado a Jimmie que recoja el mensaje, lo pase a máquina, y nos traiga la copia y la cinta.

—Perfecto, Sawyer. Volvamos ahora a esos cien mil dólares... ¿Es frecuente en Zucker retirar cantidades semejantes?

—Jamás lo ha hecho. Ésta ha sido la primera vez.

Cien mil dólares redondos. El Banco lo llamó por teléfono a su quinta de la Cincuenta y Nueve Este, consultándole acerca del pago de semejante talón. Zucker les contestó que su firma valía más de cien mil dólares y que se limitasen a pagar, y que sólo le molestasen por esos detalles cuando estuviese al descubierto... Lo cual, según creo yo, es bastante difícil.

—¿Cuál es su saldo?

—Creo que faltan unos centavos para los dos millones y medio de dólares.

—Cascaras... —repitió Rix—. ¿Qué clase de negocios tiene?

—Ninguno. Unos cientos de acciones y efectivo. Eso es todo. No parece demasiado raro tratándose de un inválido.

—¿Qué clase de inválido?

—No sé eso.

—Pues averígualo —gruñó Rix—. Quiero saber todo lo posible sobre ese hombre. Pero con discreción, Sawyer.

—Sí, señor. ¿Salgo ahora?

Rix reflexionó unos segundos.

—No. En primer lugar, vamos a esperar esa respuesta de Washington. Luego, ya sobre seguro..., si es que consta en los ficheros..., nos ocuparemos de él. Lo mejor será que esperemos a Bowie y Planet. Los invité a almorzar. Tú también estás invitado.

Sawyer sonrió.

—Muy amable, jefe. ¿Qué hago mientras tanto?

—Consíguete un taquígrafo y díctale el informe de todo lo que sabemos hasta ahora. Clasifícalo todo y pon número a los detalles. Ya sabes.

—Sí, señor.

Bowie y Planet llegaron a la una y cinco.

—Nada, señor. Lo mismo que le dijimos antes.

—Está bien. Sawyer ha tenido más suerte. Localizó al hombre que se supone propietario del billete de mil dólares, por lo menos fue retirado del Banco junto con otros noventa y nueve contra un cheque de Waldo T. Zucker.

—Noventa y nueve... ¿Quiere decir que Waldo T. Zucker retiró cien mil dólares de su cuenta, señor?

—Exacto. Pero no él, ya que es un inválido. Fue su secretaria-enfermera, llamada Janet Merrit, quien retiró esos cien mil dólares. Zucker tiene una fortuna de dos millones y medio de dólares... menos algunos centavos.

—Demonios... ¿Y es un inválido?

—Sí: Vive en la calle Cincuenta y Nueve Este, en el cruce con Madison. Sawyer pidió datos sobre él a Washington. Los tenían, y muy buenos. Hemos pedido las fotos y las huellas de Zucker después de recibir su ficha. Supongo que lo tendremos aquí cuando regresemos de almorzar. Luego, vosotros tres —señaló a Sawyer y a ellos dos—, saldréis a fisgonear cuanto pueda ser fisgoneado en la vida de Waldo T. Zucker. Antes de ir a almorzar quiero que leáis la ficha de Zucker.

Les tendió un papel, junto al cual se veía enrollada una larga tira del teletipo.

«Waldo Toabiah, nacido en New York City el día 6 de abril de 1913. Universitario en Harvard, graduado en abogacía en 1938. Familia acaudalada, siempre residente en

Nueva York. Luchó en Europa, como comandante, durante la Segunda Guerra Mundial. Fue hecho prisionero por los alemanes y confinado en el campo de concentración nazi llamado Neuengame, donde sufrió vejaciones y torturas. Libertado en mayo del año de la victoria. Su hoja militar no presenta reparo alguno, está calificado como un jefe nato y de valor probado. Fue repatriado a primeros de junio del mismo año 1945, reintegrándose a la vida civil».

—Parece una persona digna de estima —comentó Bowie.

—Eso es un extracto. Nos envían fotocopias de todo el informe. ¿Nos vamos a almorzar? Luego yo regresaré aquí para atender todo y vosotros os enteráis de la clase de vida civil de nuestro admirado Waldo T. Zucker.

A las ocho de la noche, Bowie, Sawyer y Planet entraban, una vez más, en el despacho de Rix.

—Tenemos bastantes cosas, señor.

—Pues sentaos, fumad y hablar. Adelante.

—Zucker está inválido. No sale nunca de su quinta. Tiene a su servicio cuatro personas: dos doncellas que se ocupan de la casa, un chófer-jardinero y la secretaria-enfermera... Ésta se llama, como ya sabemos, Janet Merrit, el chófer-jardinero Max Hillyard, las doncellas, Molly Gray y Anne Trentoh. Tiene tres coches en el garaje. Parece un hombre generoso, aunque poco tratable, poco sociable. Está inválido de ambas piernas. Además de eso, le falta el ojo derecho, la oreja izquierda, y la mano derecha.

Rix parpadeó, se mordió los labios y miró fijamente uno a uno a sus tres agentes.

—¿Un ojo, una oreja y una mano?

—Sí, señor. Las mismas que le fueron amputadas a Fred Shuster.

—¡Por Dios...! ¿Qué significa esto?

Los tres

G-man

encogieron los hombros. Ellos tenían sus teorías, que ya habían discutido entre sí. Pero sabían que Rix también era capaz de teorizar, y que todo lo que ellos pudiesen decir ya lo estaría pensando el inspector.

—¿Hay algo más?

—Nada más. Es decir, si quiere que nos extendamos en detalles aclaratorios...

—De momento, no es necesario. Por el cielo, esto resulta... estremecedor.

—Otra cosa, señor: parece que una de las poquísimas personas que entran en la quinta, por no decir la única, aparte del servicio, es el doctor Seth Stoddard, el médico personal de Zucker. Stoddard tiene un hermoso despacho en la Quinta Avenida, es un médico de categoría, de buena reputación personal y profesional.

—Ya veo... O sea que habrá que andar con mucho cuidado.

—Sí, señor.

—Al fin y al cabo, no podemos actuar con la base que tenemos. El hecho de que a Waldo T. Zucker le falte el mismo ojo que a Fred Shuster, y la misma mano y la misma oreja, no significa nada. Por lo menos no debería significar nada. El FBI no puede basar su actuación en impresiones o intuiciones de sus hombres... Bueno, sí, cuando se trata de iniciativas dentro ya del asunto, pero no cuando se trata de señalar a una persona... ¡Demonios, esto no me gusta nada!

—Parece todo demasiado claro y demasiado horrible, ¿no es cierto, señor?

—Así es, Planet. ¡Hum...! Tengo que pensar algo...

Se levantó y empezó a pasear por el despacho, limpiando los lentes, como siempre que estaba pensativo. Aquella coincidencia de las mutilaciones sufridas por Fred Shuster, después de ser asesinado, y las que tenía Waldo T. Zucker, parecían reveladoras... Más bien sugerentes. Pero sugerentes, ¿de qué? Era como tener dos piezas que se sabe tienen que encajar, pero no se sabe cómo conseguirlo.

Por fin, tras casi dos minutos de reflexiones, Rix dejó de limpiar los lentes, se los puso, sonrió, chascó dos dedos y dijo:

—¡Ya lo tengo! Que venga Ned Kovach.

CAPÍTULO III

El doctor Seth Stoddard miró a su enfermera del consultorio como quien no ha entendido bien.

—¿Un qué? —musitó.

—Un agente del FBI, doctor.

—¿Y qué quiere? ¿Es un paciente?

La enfermera sonrió.

—Yo diría que no, doctor. Jamás vi a nadie que me hiciese pensar tanto que nuestra profesión podría ser innecesaria, si todos fuesen como él.

—Bien, bien... Pero ¿qué quiere entonces?

—Hablar con usted. Dice que es un asunto personal, de mucha importancia. Es muy correcto.

—Lo supongo. De otro modo ya estaría aquí dentro, metiéndome su placa en las narices... Está bien, que pase.

La enfermera fue hacia la puerta del amplísimo y lujoso despacho. La abrió, miró afuera, y dijo:

—¿Quiere pasar, por favor?

Seth Stoddard comprendió las palabras de su enfermera cuando el visitante entró en el despacho. Debía medir como seis pies y su edad podía calcularse en unos treinta años. Anchísimos los hombros, fina la cintura, largo de piernas, cuello bien musculado... Sus cabellos eran de un rubio increíblemente claro, casi color ceniza, y los ojos eran dos brillantes manchones gris claro en el seco rostro varonil, de mandíbula sólida y correcta. Apenas verlo sugería deporte, salud, inteligencia e integridad moral. Era como un impacto inevitable.

Saludo con voz profunda y clara.

Stoddard también era una persona educada. Se puso en pie y señaló uno de los sillones que había ante su mesa.

—Siéntese, señor... —Miró a su enfermera—. Perdone, pero no

recuerdo...

—Ned Kovach, doctor: agente del FBI.

—Sí, eso lo recuerdo...

Kovach se sentó, Stoddard hizo lo mismo y comprendió el significado de la mirada que su visitante dirigía a la muchacha.

—Ella es Eveline Bingham, señor Kovach, mi enfermera, mi secretaria y —sonrió— si continúa estudiando tanto como hasta ahora, pronto será un colega mío.

Ned Kovach miró a Eveline Bingham. Sin descaro, pero con una sonrisa aprobativa en sus claros ojos. Eveline era más bien alta, rubia, de ojos oscuros y cuerpo sugestivo. Lo más encantador eran los ojos y la boquita, redonda y juvenil.

—Encantado, señorita Bingham.

—Lo... mismo digo.

Stoddard carraspeó.

—Puede retirarse, Eveline.

La enfermera salió del despacho.

—Me pareció que el asunto quería tratarlo usted en privado, señor Kovach. ¿En qué puedo servirle?

—No a mí, doctor, sino al FBI.

—Bien... Por supuesto, cuente con toda mi colaboración.

El

G-man

se incorporó, echando un vistazo al interfono. Luego miró al médico y sonrió como disculpándose.

—Sólo quería asegurarme de que estaba cerrado... Bien, doctor, creo que debo empezar por decirle que se trata de su cliente, el señor Waldo T. Zucker.

Stoddard alzó las orejas.

—¿Qué pasa con él?

—Anteanoche, hacia las diez, asesinaron a un hombre llamado Fred Shuster... ¿Le dice algo el nombre?

—En absoluto.

—¿Jamás lo oyó antes... en la casa del señor Zucker? ¿Nunca le habló de él o lo vio?

—No lo conozco de nombre, de eso estoy seguro. Jamás Zucker lo mencionó, que yo recuerde. En cuanto a si lo conozco con otro nombre..., tendría que verlo, claro.

Kovach metió la mano bajo su chaqueta y la sacó con una fotografía. La tendió al médico, que la examinó.

—Es Fred Shuster. ¿Lo vio alguna vez?

—Jamás. Estoy seguro.

—Por supuesto —sonrió cortésmente Ned Kovach—, usted y Shuster pertenecen a círculos diferentes. Es natural que no lo conozca. Me temo que voy a robarle algo de su tiempo, doctor, pero puesto que este hombre ha sido asesinado...

—Perdone que le interrumpa: ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿Y qué tiene que ver Zucker?

—Ese hombre, Shuster, fue llevado a la Morgue. Usted ya sabe: la autopsia y demás detalles. Está claro que tuvo que ser desnudado por completo. Entonces, en uno de sus calcetines, envuelto en plástico, encontramos un billete de mil dólares. Hemos investigado la vida de Fred Shuster, era un pobre diablo que pasaba apuros para poder comer. Vivía en una casa flotante de los muelles, una casa pringosa, sucia, vieja, húmeda... No tenía amigos ni enemigos. No tenía familia. Sin embargo, alguien lo mató de tres balazos en el corazón y registró su casa. Le fue encontrado ese billete de mil dólares dentro de un calcetín de los que llevaba puestos. Un compañero mío se hizo cargo del billete y lo rastreó. No fue difícil. Fue localizado como salido de una sucursal urbana del First National Bank, de Nueva York, entregado junto con otros noventa y nueve mil dólares a la señorita Janet Merrit, secretaria del señor Zucker, contra la entrega de un cheque cuyo valor total, claro está, era de cien mil dólares. Un talón que, se ha comprobado, mereció el visto bueno telefónico del señor Zucker. Entonces, si ese billete fue retirado por su secretaria o enfermera, suponemos que el señor Zucker entró en posesión de esa cantidad en efectivo. Nosotros, como usted comprenderá, quisiéramos saber cómo llegó ese billete del señor Zucker a un calcetín del asesinado Ned Shuster.

Seth Stoddard estuvo todavía unos segundos con la boca abierta, mirando estupefacto al

G-man.

—Pero... ¡Vaya, eso es imposible...!

—Sólo extraordinario, doctor. No imposible, el billete estaba en el calcetín.

—Bien, pero... Bueno, ¿qué puedo decirle yo? Es posible que

Zucker hiciese algún pago... ¡Vaya usted a saber si ese billete ha dado ya mil vueltas!

—No, señor. Fue retirado el día antes del asesinato tan sólo. Y un billete de mil dólares no da muchas vueltas en un día, según creemos. Por otra parte, tenemos la impresión de que fue directo de la caja del Banco o de las manos del señor Zucker, al calcetín de Fred Shuster.

Stoddard estaba desconcertado.

—Bueno... No sé qué decirle, de veras.

—Por supuesto, usted conoce al señor Zucker bien. Quiero decir anatómicamente.

—Así es. Le visito con cierta frecuencia. Supongo que usted ya se ha enterado de que...

Stoddard señaló vagamente, con cierto malestar, uno de sus ojos, una oreja... Ned Kovach asintió con la cabeza.

—Conocemos esos detalles, en efecto. Antes, doctor, le he mostrado una fotografía de Fred Shuster, obtenida en fotocopia de los Archivos del Departamento de Policía. Una fotografía del rostro de Shuster cuando éste se hallaba vivo. ¿Quiere ver las que obtuvimos de su cadáver? Vea: ésta es de la cabeza. Esta otra, toma todo el cuerpo. Estas varias indican otras tomas de la cabeza, del cuerpo, de sus posturas y situación en el suelo.

Seth Stoddard estaba ya pálido como un cadáver. Miraba con ojos desorbitados y expresión aterrada las distintas fotografías.

—¡Dios mío...!

Kovach recogió las fotos, las agrupó bien y se las guardó de nuevo.

—Usted lo ha comprendido todo ahora, doctor.

—Pe..., pero... no puede ser...

Ned Kovach forzó una sonrisita.

—Es cierto que existen fotografías trucadas. Pero éste no es el caso. El FBI no se dedica a perder tiempo con bromas de mal gusto, doctor Stoddard, usted puede entender esto. Queda claro que las fotografías que usted ha visto son auténticas y, además, tomadas por profesionales de la investigación criminal. Por otra parte, el cadáver de Fred Shuster está todavía en uno de los frigoríficos de la Morgue, a disposición de quien quiera examinarlo..., siempre y cuando alegue motivos fundados y afán de cooperación. Es más: en

los periódicos de esta tarde aparecerá una de estas fotografías, requiriendo la presencia de personas que puedan saber algo respecto a la víctima, y... Bien, y porque el inspector Rix tiene, en colaboración conmigo, ciertos planes que deben ser experimentados. ¿Alguna duda, doctor Stoddard?

—No... No sé... Es que esto es... es horrible.

Kovach encendió un cigarrillo.

—Estoy de acuerdo con usted... ¿Qué sabe del señor Zucker?

—Nada importante. Bueno, él hace tiempo que está... que está mutilado de esa horrible manera.

—Sabemos ya eso. Recibimos ciertos informes complementarios desde Washington: el señor Zucker regresó así de Europa... Parece ser que en el campo de concentración nazi de Neuengame no lo pasó en absoluto bien. Pero lo que nos interesa ahora de él es cómo está de su parálisis y cuáles son sus costumbres.

—¡Oh, no sé...! Costumbres, normales. Su alimentación está controlada por mí y adecuada a su estado físico.

—¿Cuánto hace que está así?

—Unos... tres años.

—¿Lo conocía de antes?

—Sí... Pero aparte de su... deformación, no era hombre que estuviese enfermo, ni siquiera indispuesto con frecuencia. Algún resfriado y tonterías así, que atendía él mismo, consultándome por teléfono, pagaba mis honorarios, en eso es muy rígido. No es hombre interesado, ni mucho menos. Hace unos... tres años contrajo esa parálisis y me llamó. Desde entonces cuido de él lo mejor posible. Al principio, iba una enfermera unas cuantas horas al día. Luego probamos de proporcionarle una que viviese con él en la quinta, pero todas se marchaban a los pocos días...

—¿Por qué?

—No lo sé. Aparte de su poco agradable presencia, es un hombre de carácter más bien... desapacible. Supongo que las enfermeras se decían que no tenían por qué soportarlo. Sin embargo, al fin, encontré a la señorita Merrit y hace ya más de un año que está con él. Los dos se entienden bien. Bueno, comprenda, no es que esté insinuando...

—Entiendo que todo es serio y honesto. Esa señorita Merrit debe ser una excelente muchacha.

—Mi opinión es que sí. Y una excelente enfermera también. Se ha ganado la confianza de Zucker hasta el punto de que también es su secretaria... Algo así como la señorita Bingham con respecto a mí.

—Entiendo, entiendo... ¿Qué tal está el señor Zucker respecto a sus facultades mentales?

Stoddard se sorprendió.

—¿Sus facultades mentales? Vaya, pues..., en mi opinión, es un hombre normal y corriente en ese sentido. Claro está que no lo trato mucho...

—Pero la señorita Merrit le pasará informes de su paciente con cierta periodicidad, ¿no?

—Por supuesto. Pero jamás ha dado a entender ningún menoscabo en las facultades mentales de Zucker.

—Respecto a lo otro, a su parálisis, ¿tiene cura?

—No.

—¿Está seguro?

—Como profesional de la Medicina, estoy completamente seguro. Como persona... particular, puedo admitir cualquier milagro. Nunca se sabe.

—Empero, su opinión particular es que Waldo Zucker no puede moverse por sí solo... Por ejemplo, para salir a pie a dar algún paseo, o cosa parecida...

—No me parece posible. ¿Por qué pregunta eso? ¿Cree que Zucker ha podido salir de su casa para matar a ese Shuster o algo así?

—¿Usted no lo Cree factible?

—Desde luego que no.

—¿Puedo ver la ficha médica del señor Zucker, doctor?

—Desde luego. Pero está escrita en términos médicos y...

—No se preocupe por eso —sonrió Kovach—, la miraré de todas maneras, si es usted tan amable.

—Iré a buscarla...

—Dígale a su secretaria que la traiga, no hace falta que salga usted.

—Como me pareció que no quería que Eveline estuviese aquí...

—Sólo quería ahorrarle a la señorita Bingham los detalles desagradables del caso. Ahora, ella deberá quedarse con nosotros,

ya que también necesitaremos su colaboración.

—Muy bien.

Stoddard llamó a Eveline Bingham por el interfono, pidiéndole la ficha, médica de Waldo Zucker. La muchacha apareció en el despacho, y captando la seña del médico, entregó la ficha a Ned Kovach.

—Gracias, señorita Bingham. ¿Quiere sentarse, por favor?

La muchacha miró a Stoddard, extrañada, pero el médico asintió con la cabeza y ella se sentó, mostrando a Kovach unas bonitas rodillas.

Kovach sonrió y se dedicó a la rápida lectura de la ficha de Waldo Zucker. Era quizá un tanto voluminosa, con explicación de tratamientos, pruebas, análisis... Durante diez minutos, a una velocidad que tenía sorprendidos al médico y a la enfermera, el agente del FBI estuvo leyendo la ficha. Por fin, la dejó sobre la mesa.

—Parece que el señor Zucker no es un hombre afortunado en la riqueza física.

—¿Lo ha leído todo? —musitó Stoddard.

—Así es.

—Y ¿lo ha entendido?

—Yo también soy médico, doctor Stoddard.

—¡Oh...! Pues no entiendo. Usted ha dicho ser un agente del FBI.

—Así es, también. Ocurre que cierto día me dije que como médico no era gran cosa y, como soy partidario de que cada persona debe ser de lo mejor en su profesión, llegué a la conclusión de que no tenía derecho a que algunas vidas dependiesen de mí.

—¿Era un mal médico? —sonrió con simpatía Stoddard.

—Sólo mediocre... Por eso lo dejé.

—Entiendo... Y, ¿qué tal es como agente federal?

Kovach sonrió.

—Dicen que de los mejores.

—Ya... Y entre eso y sus conocimientos médicos ha sido seleccionado usted para este trabajo.

—Exacto, doctor Stoddard.

—¿Puedo ver su documentación?

—Por supuesto.

Ned Kovach mostró su tarjeta y su placa a Stoddard. Éste miró detenidamente ambas cosas. Las devolvió, diciendo:

—Si no le ofende, señor Kovach, yo quisiera ahora convencerme, también por otro camino de su identidad.

—Tiene usted perfecto derecho a ello.

—Gracias. Eveline, vaya a su despacho y póngame con la Delegación del FBI, en Nueva York. Atenderé la llamada desde aquí. Y usted regrese en cuanto tenga la comunicación.

—Si piden por el inspector Rix, estarán informados.

Stoddard asintió con la cabeza.

—Pida por el inspector Rix.

Eveline Bingham salió del despacho, Stoddard empujó hacia Ned Kovach el paquete de cigarrillos. El

G-man

tomó uno, dio fuego a Stoddard y luego prendió el suyo.

Estuvieron fumando unos segundos, pensativos, hasta que la voz de la enfermera, por el interfono, avisó a Stoddard de que el inspector Rix, del FBI estaba al teléfono.

—¿Inspector Rix?

—Soy Seth Stoddard. Entiendo que usted ha enviado un agente a visitarme.

—Sí, sí... ¿Puede decirme su nombre?

—De acuerdo. Parece que ustedes solicitan no sé todavía qué clase de ayuda mía, y que debo prestársela al señor Kovach. Ahora bien: ¿hasta qué punto?

Ahora, Stoddard estuvo silencioso durante casi dos minutos, escuchando al inspector Rix y dirigiendo frecuentes miradas a Ned Kovach. Por fin, dio las gracias, colgó y miró sonriente al agente federal.

—Según parece, señor Kovach, acertó usted al cambiar de profesión.

—Es usted muy amable —sonrió el
G-man.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle? Según el inspector Rix, usted puede pedirme que me tire de cabeza al Hudson y yo debo hacerlo con toda confianza.

—No hará falta tanto —rió Kovach—: se trata de que el señor Zucker va a recibir la visita de un nuevo médico, especialista en su

enfermedad.

—¿Usted?

—Haré mi papel de modo que usted quede lo mejor posible: Y le aseguro que le quedaremos muy agradecidos, doctor.

Seth Stoddard estuvo unos segundos pensativo, siempre mirando con toda atención al agradable hombre que tenía ante él. Por fin, sonrió y dijo:

—De acuerdo..., doctor Kovach.

CAPÍTULO IV

La quinta no era demasiado grande, pero sí parecía bien cuidada y elegante, seria. Y, por supuesto, hacía falta tener dinero de verdad para mantenerla.

Ned Kovach la miraba mientras sostenía la portezuela para que Eveline Bingham se apease del coche. Luego la tomó del brazo y los dos se dirigieron a la gran puerta de la verja. Kovach tiró de la cadenita, al fondo se oyó el musical tañido de un carrillón y casi en seguida un hombre apareció caminando hacia la verja, llevando en las manos unas grandes tijeras de podar.

—Ése es Max Hillyard —musitó Eveline—: el jardinero y chófer del señor Zucker.

—Me pregunto para qué quiere chófer, si nunca sale —musitó también Kovach.

—¡Oh!, como también es jardinero... Además, la señorita Merrit sí utiliza el coche para sus recados y los del señor Zucker.

Max Hillyard llegó ya, sonriendo, a la verja. Era un hombre un par de años mayor que Ned Kovach, no tan ancho de hombros ni tan atractivo, pero agradable y fuerte.

—Señorita Bingham —saludó, abriendo ya la verja—, ¿qué la trae por aquí?

—Habla, Hillyard. ¿Sabe usted si la señorita Merrit está en casa?

—Creo que sí. Por lo menos no ha pedido el coche... ¿Quiere usted verla a ella?

—Sí... Éste es el doctor Kovach. Parece que podremos hacer un nuevo intento en favor del señor Zucker. El doctor Kovach es un especialista de primera categoría.

Hillyard miró a Kovach impresionado.

—¡Vaya, esto es estupendo! Vengan, por favor.

Les acompañó hasta la gran escalinata porcheada de la quinta. Arriba, junto a la puerta, una muchacha joven y bonita parecía

esperar algo. Hillyard la señaló con la barbilla.

—Molly les llevará ahora con la señorita Merrit. Si me lo permiten, seguiré con mi trabajo...

—Hasta luego, Hillyard.

El jardinero-chófer se alejó, y Evelyn y Kovach subieron hasta donde les esperaba la doncella.

—Hola, Molly —sonrió Eveline.

—Buenas tardes, señorita Bingham... ¿Quieren ver a la señorita Merrit, quizá?

—Sí... ¿Podrá ser?

—¡Oh!, supongo que a usted tiene que recibirla siempre...

—Él es el doctor Kovach, Molly. Es posible que venga a partir de ahora con cierta frecuencia. Deberá considerarlo usted como si del doctor Stoddard se tratase.

—Hola —sonrió Kovach.

La muchacha enrojeció, pero sonriendo a su vez a aquel hombre... guapo.

—Pasen, por favor. Creo que la señorita Merrit está ahora con el señor Zucker. Iré a avisarla.

—Gracias, Molly.

Quedaron los dos en el gran vestíbulo con columnas a los lados y una blanca escalinata que ascendía hacia el primer piso.

—¿Qué tal es Molly? —preguntó Kovach.

—¡Oh!, ella es muy simpática. Y también Anne, la otra doncella. En realidad, todas las personas de esta casa son muy agradables, señor Kovach.

—Doctor Kovach —sonrió Ned, corrigiendo—. ¿También es agradable el señor Zucker?

—A su manera, sí. Ocurre que su carácter no es digamos del todo estable. Sufre frecuentes cambios de humor. Y, desde luego, si hay algo que le moleste es advertir curiosidad hacia él por sus... particulares condiciones físicas. Me refiero al aspecto de su rostro y...

—Comprendo. Y comprendo también que le moleste saberse mirado como un bicho raro y sentir que los demás están impresionados. Es una reacción muy lógica y humana.

—Pues eso es todo. Por lo demás, el señor Zucker es educado, generoso y correcto.

—Más vale así. Y en lo que a mi concierne, creo que podré mirarle como si fuese la persona más normal del mundo.

—Entonces, todo irá bien, se... doctor Kovach.

Ned sonrió. En aquel momento salía Molly de la habitación en que había entrado segundos antes. Tras ella, una muchacha quizá un par de años mayor que Eveline Bingham, de cabellos cobrizos y un poco largos, mirado desde el punto de vista de la moda. Pero ella no estaba pasada de moda.

Debía medir algo más de cinco pies y medio, su cintura era delgadísima y su busto hubiese imposibilitado en todo momento que pretendiese parecer un hombre, por mucho que se apretase las ropas. Muy blanca de carnes, de boca alargada y roja, llena, quizá un tanto sensual, ojos pardos, grandes, brillantes, cuello deliciosamente curvado, hombros redondos, bonitos... Ned Kovach se dijo que sólo en un paralítico más o menos monstruoso, como debía ser Waldo T. Zucker, podía admitirse que no hubiese hecho ya proposiciones a la enfermera. No llevaba uniforme, sino un bonito y escotado vestido azul, liviano y elegante.

Se adelantó hacia ellos, miró a Kovach y luego saludó a Eveline.

—¿Qué tal, señorita Bingham?

—Hola... Le presento al doctor Kovach. Es amigo del doctor Stoddard.

Janet Merrit miró de nuevo a Ned, tendiéndole la mano.

—Encantada.

—Fascinado —sonrió cortésmente Kovach.

Janet Merrit sonrió también.

—¿Ocurre algo, señorita Bingham?

—Bueno, no... Es decir, quizá pueda ocurrir. El doctor Kovach es especialista en la enfermedad del señor Zucker. Parece ser que el doctor Stoddard lo consultó, cambiaron impresiones... El doctor Kovach se ha ofrecido para examinar al señor Zucker. Cree que, quizá, podría... por lo menos mejorarlo mucho.

Janet Merrit miró a Kovach con los ojos muy abiertos.

—Eso sería maravilloso... ¿Cree que podrá conseguirlo, doctor Kovach?

—Pues... Bueno, antes tendría que someter al señor Zucker a un examen completo y profundo, señorita Merrit.

—¿Sabe usted mi nombre? No creo recordar que la señorita

Bingham lo haya dicho.

—Ahora, no —sonrió de nuevo el

G-man

—. Pero, naturalmente, el doctor Stoddard me ha puesto al corriente de buen número de detalles relacionados con el señor Zucker.

—Oh, claro...

—¿Cree que el señor Zucker admitirá ser examinado una vez más?

—Si usted le da la menor esperanza, es posible que acepte. Y es posible que no.

Kovach parpadeó.

—No entiendo...

—El señor Zucker es millonario, doctor Kovach.

—Ya sé eso... Si cree que vengo para arrancarle algún pellizco de esos millones...

—Por favor, no. Quiero decirle que el señor Zucker ha sido ya examinado muchas veces..., y en todas ha obtenido la misma respuesta negativa. No le importa demasiado el dinero, ésa es la verdad. Pero se siente ya poco molesto de exámenes, pruebas y análisis. ¿Lo comprende?

—Desde luego. Mmm... Yo quiero dejar bien sentado, señorita Merrit, que en absoluto garantizo la curación del señor Zucker. Ni siquiera de un modo parcial. Tan sólo me ofrezco a examinarle. Él puede aceptar o no mi ofrecimiento.

—Se lo diré.

Janet Merrit regresó a la habitación de la cual había salido, cerrando la puerta tras ella. A pesar de esto, Kovach oyó la destemplada voz de hombre dentro de aquel cuarto. La de Janet no se oía, pero sí la de Waldo T. Zucker. No era una voz precisamente agradable, y parecía sonar con cierta irritación. Era obvio que allá dentro se estaba desarrollando una discusión, si bien demasiado agria.

La puerta se abrió tres minutos después, y Janet Merrit quedó junto a ella. Sonreía, pero quizá un poco forzada.

—El señor Zucker les recibirá —musitó.

—Iré a por mi maletín —dijo Kovach.

—Oh, yo... yo se lo traeré —se ofreció Eveline.

—Muchas gracias, señorita Brigham.

Kovach le dio las llaves del coche. Luego pasó junto a Janet Merrit y entró en la habitación.

Era la biblioteca. Una biblioteca inmensa, llena de volúmenes de todas clases. En el suelo había dos pieles de oso blanco y la cabeza de un alce colgaba de la pared. Había un par de rifles, banderines, escudos, cuadros... En un rincón, un pequeño acuario iluminado, con unos menudos pececillos rojos y azules que se deslizaban por entre las algas sujetas al fondo por los plomos. Cerca de allí, de aquel rincón, estaba el bar. En el centro de la biblioteca, un enorme sofá y tres grandes sillones.

Y en el rincón opuesto al bar y al acuario, junto a una lámpara de pie y dos sillones más pequeños, Waldo T. Zucker, sentado en una silla de ruedas.

—Pase —gruñó—, no se quede en la puerta. Cierre, Janet.

Ned Kovach caminó hasta quedar delante de Waldo T. Zucker. Éste tenía una cabeza notable, grande, de curvas inteligentes. Llevaba muy poco cabello, encrespado. Si se lo hubiese dejado largo, habría podido ocultar que le faltaba una oreja. También un ojo de cristal habría arreglado un poco el desperfecto. Pero, no. Llevaba el pelo corto y no usaba ojo de cristal. No era un espectáculo agradable. Tampoco lo era ver con toda claridad el muñón de su muñeca derecha.

Pero Ned Kovach, aparte de tener un solidísimo estómago, tenía también un completo dominio de sí mismo.

—¿Cómo está usted, señor Zucker?

—Mal. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

El único ojo era azul, dilatados los párpados... Se movía con desagradable rapidez, examinando al G-man

con todo detalle, sin un segundo de descanso. Soportar aquella mirada durante horas y horas explicaba que muchas enfermeras hubiesen abandonado aquella casa. En cambio, Janet Merrit no parecía haberse sentido impresionada. O se había dominado mejor. Sin duda, la pagaban muy bien...

—Soy Ned Kovach, señor Zucker. Amigo personal de Seth Stoddard. Hemos hablado de usted y puesto que soy especialista en casos como el suyo, he creído que quizá podría hacer algo.

—Nadie puede hacer nada.

La biblioteca no tenía más luz, entonces, que la de la lamparita de pie situada a un lado de Zucker. Sobre la mesita anexa se veía un libro abierto y colocado al revés. Hubiese resultado todo un tanto sombrío si la luz del pequeño acuario no hubiese dado un alegre colorido.

—Sólo quisiera intentarlo. Desde afuera he oído su voz, discutiendo con la señorita Merrit. Supongo que se negaba usted a recibirme y que ella le ha convencido.

—Cierto —admitió Zucker—. ¿Qué pasa con ello?

—Nada en absoluto. Sólo que, si no le gusta mi presencia, me iré en seguida. Espero encontrar alguna otra cosa que hacer.

—Déjeme ver su título médico.

—Acostumbro tenerlo colgado, con un bonito marco, en mi despacho. Pero quizá será mejor que lo lleve colgado del cuello, señor Zucker... ¿No cree?

—Si continúa con su sarcasmo, no vamos a entendernos, señor Kovach.

—Doctor Kovach. Y soy un hombre educado. Hay personas que nunca prescinden de la educación porque dicen que eso es rebajarse. Yo opino que hay que tratar a cada uno como se merece, colocándose en su propio terreno.

—¿He sido descortés con usted?

—Sí, señor. Por lo menos desde mi punto de vista. Lo primero que hago yo cuando recibo una visita es ofrecerle asiento:

—Siéntese, doctor Kovach.

—Gracias —Ned se sentó, metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta, sacó una cartera y de ella una cartulina rectangular, que tendió a Zucker—. En lugar de mi título acostumbro llevar esto en mi cartera, señor Zucker: es la tarjeta expedida por el Cuerpo Médico de Estados Unidos. ¿Le sirve?

La mano izquierda de Waldo Zucker se adelantó, tomó la tarjeta y la colocó de modo que la luz le diese de lleno. Estaba todavía en la primera cara de ella cuando levantó vivamente la cabeza.

—¡Harvard! ¿Se graduó usted en Harvard, doctor Kovach?

—Eso dice ahí.

—Sí... Yo... yo también estuve en Harvard. Me gradué en esa Universidad.

—Muy interesante.

—Eeeh... ¿Tomará... un *whisky*, doctor Kovach?

La actitud de Waldo Zucker había cambiado casi bruscamente.

El

G-man

lo notó en seguida y sonrió al inválido.

—Con hielo, sí.

—¡Oh, sí, sí, con... con hielo! ¿Quiere servírselo, Janet?

—En seguida, señor Zucker.

—Yo..., yo también tomaré un *whisky* con hielo...

Janet Merrit se quedó mirando fijamente a Zucker. Luego miró a Kovach, el cual parecía distraído mirando los peces de colores. El inválido también miró al agente del FBI.

—¿No va a prohibirme que beba, doctor Kovach? —musitó.

—No, es usted mi paciente, señor Zucker. Por otro lado, sabe tan bien como yo que el *whisky* es veneno para usted. Es su vida la que está en ese vaso de *whisky*, no la mía.

Zucker se pasó la lengua por los labios, su único ojo permanecía fijo en Ned Kovach.

—No... no me sirva a mí, Janet.

La enfermera suspiró y se dedicó a prepararle el *whisky* a Kovach. En aquel momento llamaron a la puerta.

—Yo iré, señorita Merrit. Debe ser la señorita, Bingham, con mi maletín.

Fue a la puerta y la abrió. Era Evelin, en efecto, que entró tendiendo el maletín a Kovach. Luego, se acercó a Zucker, con cierta timidez.

—¿Cómo está, señor Zucker?

—Mal.

—¡Oh!, bueno... Ya verá... Quiero decir...

—Síntese, Eveline —dijo Kovach—, el señor Zucker, es muy propenso a olvidar ciertos detalles de elemental cortesía... Y eso, a pesar de que estuvo en Harvard.

Eveline se sentó, no muy segura de sí misma. Evitaba en lo posible mirar a Zucker, pero Kovach pensó que no lo hacía por un exceso de aprensión, o de simple horror, sino para no molestar al inválido.

Kovach colocó su maletín delante de la silla de ruedas, ante los

pies de Zucker, que se quedó mirándolo durante unos segundos.

Janet Merrit llevó a Kovach el *whisky*, éste tomó el, vaso lo alzó y lo miró al trasluz. Zucker alzó la cabeza y también se quedó mirando el *whisky*.

—¿Tiene zumo de naranja en el bar, señorita Merrit?

—Sí.

—Ponga en un vaso grande media pulgada de *whisky* dos pulgadas de zumo de naranja y otras dos de soda. Y dáselo al señor Zucker. Yo convido, señor Zucker.

El inválido volvió a pasarse la lengua por los labios, mirando de nuevo a Kovach. Su solitario ojo iba de un lado a otro, como el de una fiera al acecho.

—Emmm... Bien... G... gracias, doctor...

—Me da la impresión que ésa es una palabra que no emplea a menudo. De todos modos, no se acostumbre a mí «remedio», señor Zucker.

—No, no... En la guerra... en la guerra se estaba bien...

—Hace veinte años de eso, señor Zucker.

El inválido pareció no haberlo oído.

—Se estaba muy bien. Yo era... era comandante. Conocí a un hombre al que llamaban Tomate Doyle. Era... era un soldado. Sólo un soldado. En Europa... Sí, en Europa...

—Todo acabó, señor Zucker.

—Miles..., millones de, alemanes. Cuando acabó la guerra volví a casa... Se estaba mejor en la guerra. Tomate era sólo un soldado. Siempre decía que a él le gustaba organizar un buen «tomate». Organizar un «tomate» quiere decir armarla gorda, tirarle a las posaderas del enemigo... Conocí a un soldado que tenía las... posaderas muy gordas. Pero era el que más corría. En la guerra se estaba bien... Tomate era sólo un soldado... Era un gran soldado. Lo conocí en la guerra, en Europa. Yo... yo estuve en Europa... Eso es: en Europa... ¡Cuántos alemanes! Tomate era un gran soldado. Lo hirieron y yo tuve que dejarlo atrás, en una ambulancia de campaña. Eso fue cuando yo estuve en Europa... Ya no volví a ver a Tomate. Supe que lo habían matado en una misión especial. Siempre recurrían a él... Yo estaba en Europa cuando mataron a Tomate. Pero no estaba con Tomate... Él estaba en un camión, manejando una ametralladora contra los alemanes... ¡Mató a miles

de ellos antes de que lo barriesen! ¡Je, je! ¡A miles! Yo me enteré más tarde... ¡A miles! Estaba en un camión que llevaba montada una ametralladora... Tomate los mataba a puñados, y eso hubiese sido bonito de ver... ¡Miles de alemanes muertos...! ¡Era grande Tomate! Siempre contaba, chistes y mataba alemanes... Una granada y miles de alemanes muertos... y enviaba un millón de balas... Eso, en Europa. Yo estuve... estuve en Europa.

Waldo T. Zucker se calló de pronto. Eveline, Janet y Kovach lo miraban en silencio, inmóviles, un poco atónitos... El inválido miró a Janet, que había quedado como petrificada a medio preparar la mezcla indicada por el agente del FBI.

—Está bien eso —dijo Zucker—: naranja, soda, y *whisky*... ¿No va a examinarme, doctor Kovach?

Ned parpadeó. Miró a la sobrecogida Eveline y luego a Janet, que le devolvió una extraña mirada, como la de quien está acostumbrada a cosas como aquella.

—Por supuesto, señor Zucker.

Dejó el vaso sobre la mesita y se puso en pie. Había visto hacía unos segundos una pequeña puerta en un extremo de la enorme biblioteca y se dirigió hacia allá. Pero ni siquiera su mano había tocado el pomo cuando Zucker lanzó un alarido.

—¿Adónde va usted?

Kovach se volvió casi sobresaltado.

—Bueno, me ha parecido que esto es un lavabo y quería lavarme las...

—¡Apártese de ahí! ¡Eso no es un lavabo!

Kovach parpadeó. En seguida frunció el ceño y pareció dispuesto a decir algo, pero optó por regresar junto al inválido y colocar su maletín en el sillón que había estado ocupando.

Janet se acercó y tendió el vaso a Zucker, que le señaló la mesita, dando a entender que esperaría para beber. Entonces, Ned Kovach se dedicó a examinar a Zucker. Lo hizo despacio, bien, con la naturalidad de quien conoce la profesión. Y siempre bajo la atenta mirada de Zucker y la no menos atenta de Janet Merrit. Durante media hora nadie habló allí y solamente Kovach se movió, manejando diversos aparatos médicos portátiles. Al cabo de esa media hora, Kovach lo recogió todo.

Sacó entonces una cajita que contenía tres ampollas, cortó el

cuello de una de ellas y absorbió el líquido con una jeringuilla.

—¿Quiere subirle la manga al señor? Zucker, señorita Merrit, por favor.

Waldo Zucker miró hoscamente la inyección.

—¿Qué es eso?

—No se preocupe. No le hará ningún daño.

—Tampoco me hará bien, ¿eh?

—Lo sabremos cuando le haya inyectado las tres. Me temo que deberá soportarme otros dos días, señor Zucker.

—¿Quiere decir que durante tres días va a estar pinchándome?

—Sí. Y examinándole. Lo voy a tener durante tres días en observación, como si fuese una cobaya. ¿Se opone?

—¿Qué ganaremos con todo eso?

—Todo, algo o nada. No lo sé. No podré saberlo hasta que haya pasado ese período de tres días. ¿Le inyecto o no?

Waldo Zucker vaciló un instante.

—Está bien, hágalo.

Janet Merrit le ayudó a quitarse la chaqueta, le subió la manga y Kovach le inyectó el líquido. Luego lo guardó todo y le hizo una seña a Eveline.

—Buenas tardes, señor Zucker.

—¿Ya se va?

—Tengo muchas cosas que hacer. Y mi presencia parece que más bien le irrita. Le ahorraré esa irritación... y me ahorraré yo mismo ser de nuevo desagradable con usted. Adiós.

—Adiós... Hasta mañana, ¿no?

—Desde luego. Buenas tardes, señorita Merrit.

—¡Oh!, les acompañaré...

—Gracias.

Salieron los tres de la biblioteca. Janet Merrit les acompañó hasta la misma verja, a pesar de que Hillyard estaba por allí, aprovechando las últimas luces del día para dar remate a la nivelación de uno de los setos. Janet le hizo una seña al jardinero cuando éste hacía intención, de ir hacia ellos, el hombre sonrió y continuó con su trabajo.

Ya en la verja, Janet, Merrit musitó:

—Creo... creo que debería disculpar al señor Zucker, doctor.

—No es necesario. La mayor parte de esta clase de enfermos

suelen ser molestos. Y él tiene otros motivos para ser una persona más bien áspera.

—En realidad... es un buen hombre. De veras.

Kovach sonrió.

—Por supuesto, señorita Merrit. Encantado de haberla conocido.

—¡Oh!... ¿Ya no está fascinado?

—Más que antes.

Rieron los dos. Eveline también rió, pero muy poquito y no muy convencida.

Segundos después, Ned Kovach y Eveline Bingham se alejaban en el coche.

CAPÍTULO V

—¿Qué le inyectaste? —sonrió Rix.

—Vitaminas.

El inspector se echó a reír, coreado por Sawyer, Planet y Bowie.

—¡Eso no le hará daño!

—No es cosa de risa —murmuró Kovach—. Ese hombre está mal, realmente enfermo.

Rix carraspeó.

—Bien... No nos reímos de él, Ned. Solamente de cómo te las has arreglado.

—Era fácil.

—¿Crees que de verdad no puede caminar?

—Soy un médico mediocre, señor. Pero el doctor Stoddard no lo es. De todos modos, por mí mismo habría llegado a la conclusión de que Waldo T. Zucker ja más podrá ya caminar. Creo... Sí, creo que es un poco cruel por nuestra parte hacerle concebir esperanzas.

—Tienes razón —musitó Rix—. La tienes, Ned. Pero estamos buscando a un asesino loco, o a una bestia. En cuanto a Zucker, creo que no se debe estar haciendo ninguna ilusión.

Kovach encogió los hombros.

—Ojalá sea así. De todos modos, tengo que volver allá dos días más. Y le aseguro que no me hace ninguna gracia.

—Lo supongo. Pero hay que seguir... ¿Por qué te hablaría de la guerra? Hace veinte años de eso.

El

G-man

quedó pensativo.

—No sé. No nos conviene olvidar que Zucker perdió allá su ojo, su mano y su oreja.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... Bueno, existen procesos psíquicos realmente raros...

Yo diría que ese hombre está viviendo ahora la guerra con más intensidad que cuando estuvo allá, en Europa.

—Explícate mejor, ¿quieres?

—Hace tres años que Zucker está inválido, postrado en una silla de ruedas. Me pregunto qué puede esperar ese hombre de la vida, por muchos millones que tenga. Sería diferente si solamente fuese un inválido. Pero un inválido al que le falta un ojo, una mano y una oreja, y que resulta tan profundamente desagradable que vive aislado, siempre sentado, puede llevar sus pensamientos por lugares insospechados. En este caso concreto, yo diría que, en los tres años de invalidez, Waldo Zucker ha sumado el recuerdo de sus desdichas pasadas a la vigencia de la presente. Durante tres años no ha podido hacer otra cosa que leer... y pensar.

—Pensar..., ¿en qué?

—No lo sé... Cesas raras. Pero creo que todas ellas relacionadas con la guerra.

—¡Pero hace veinte años de eso, Ned!

—¿Y qué? ¿No sabe lo que les ocurre a los viejos?

—Pues...

—Pregúntele a un anciano de noventa años lo que hizo el día anterior, el pobre hombre no tendrá ni idea, pero le explicará con todo detalle cosas que le ocurrieron cuando tenía veinte años, o treinta, o cuarenta...

Rix parpadeó.

—Zucker no tiene noventa años...

—Pero su vida terminó ya. Y su mente puede encontrarse más a gusto en los tiempos en que todavía tenía dos ojos, dos manos, dos orejas... y no estaba inválido.

—Esto es un poco complicado, Ned.

—Quizá.

—De todos modos, ¿qué tiene eso que ver con el asesinato de Fred Shuster?

—Ni idea: Pero sí tengo idea de que las mutilaciones sufridas por Fred Shuster han de tener una relación con Waldo Zucker.

—Ese hombre no puede moverse, Ned. Tú mismo lo has dicho.

Ned Kovach se mesó los cabellos.

—No sé... Comprendo que todo esto es raro, pero, naturalmente, tiene que haber una explicación. Y yo creo que está relacionada con

Zucker. No puedo decir otra cosa.

—No te disgustes contigo mismo: no eres adivino. Bien, ¿has de añadir algo más?

—Por ahora, no.

—Entonces te diré algo que creo debes saber: este mediodía fueron retirados cien mil dólares más, en billetes de a mil, de la cuenta de Waldo T. Zucker.

Tanto Rix como Bowie, Planet y Sawyer se quedaron mirando atentamente a Kovach, quien había abierto la boca en completo gesto de estupefacción.

—¿Otros cien mil dólares?

—Sí.

—Pero... ¡Demonios, eso es mucho dinero! ¿Para qué puede querer Zucker doscientos mil dólares en tan pocos días?

—Puede ser un capricho —tanteó Rix.

—¡Un capricho! ¡Eso sería una tontería, no un capricho!

—Seguramente ese dinero lo ha entregado a alguien, Ned.

—Güira... ¿Quién lo retiró?

—Janet Merrit. Es su secretaria, no lo olvides.

—Claro... Me gustaría saber si Zucker tiene ese dinero en su casa o...

Rix sonrió duramente.

—Sigue, Ned.

—... O si vamos a encontrar otro billete de mil dólares dentro de un calcetín... ¡Un momento! ¿Estuvo en Europa Fred Shuster durante la guerra?

—No. No te molestes en pensar, Ned, no hay absolutamente nada que relacione a Fred Shuster con Waldo Zucker.

—Tiene que haber algo...

—Nada. Se ha llevado la investigación hasta la máxima profundidad. Y no hay nada. Es como querer relacionar los hielos de Alaska con las playas de Miami Beach.

—Otros cien mil dólares sacados del Banco —murmuró Kovach—. ¡Oh!, vamos, jefe, usted sabe que tiene que existir una pieza que una todo esto.

—No creo..., no quiero creer nada, Ned. Y te aseguro que me consume tener que llevar con tanta lentitud esta investigación. Pero, estoy seguro de que si quisiéramos correr lo único que

conseguiríamos sería perdernos o caernos.

—Se me está ocurriendo... ¿Qué tal si yo investigo esos cien mil dólares retirados del Banco hoy?

—¿Cómo lo harías?

—Bueno..., una de las cosas que aprendemos es abrir cajas fuertes. Y quizá la de Zucker no sea demasiado... fuerte.

—¿Estás sugiriéndome que podrías allanar como un ladrón cualquiera la casa de Zucker?

—Sí.

—Escucha, Ned...

—Nosotros estamos pensando que es muy posible que Zucker haya empleado ese dinero en pagar algo a alguien. Supongamos que paga a un asesino para que mate a determinadas personas...

—¿Cien mil dólares por asesinato? —se burló Bowie.

—¿Por qué no? Dicen que Zucker es generoso.

—¡Hombree...! ¡Estás hablando de cien mil dólares, Ned!

—Pero bueno, ¿qué importa la cantidad? Sólo importa saber si Zucker tiene todavía ese dinero o no. Si lo tiene es posible que el billete de mil dólares que encontramos en un calcetín de Fred Shuster fuese a parar a él Dios sabe cómo, de cualquier manera... Suceden cosas muy raras en la vida. Pero si no tiene esos doscientos mil dólares, podremos creer que está pagando a alguien esas fabulosas cantidades. Y quizá consigamos rastrear esos ciento noventa y nueve mil dólares que faltan. Zucker no puede moverse, es cierto... O al menos, parece definirlo así la ciencia médica. Pero sí puede pagar a alguien que se movería por cien mil dólares.

—¡Y de qué manera se movería! —exclamó Sawyer.

—¿Qué dice, jefe? ¿Voy para allá?

—De acuerdo, Ned. Pero...

—Tendré cuidado. Ahora son las... nueve y media. Se me ocurre que va a facilitarme mucho las cosas...

—¿Qué es ello?

Ned Kovach sonrió astutamente, guiñando un ojo.

—Secreto profesional, jefe.

Janet Merrit salió de la quinta, caminó graciosamente por la acera y se metió en el coche. Sacó entonces un cigarrillo, se lo colocó en los labios y se quedó mirando a Kovach sonriente.

Éste pareció sobresaltarse cómicamente.

—¡Oh...! En seguida, claro...

Sacó su encendedor y aplicó la llamita a la punta del cigarrillo de la secretaria-enfermera. Ésta aspiró con deleite el humo, siempre mirando al falso doctor. No falso por su título, ciertamente, sino por su auténtica actividad en las filas del FBI.

—¿Y bien, doctor Kovach?

—Y bien..., ¿qué?

—¡Oh!, pues... Bueno, debo decirle que su invitación me ha...

—¿Sorprendido?

—Mmm... Más o menos eso es. Pero la verdad total es que me tiene intrigada.

—No ha sido ésa mi intención, señorita Merrit.

—¿No? ¿Cuál es su intención?

—Simplemente salir con usted. ¡Quiero decir...! Bueno, salir juntos, cenar, divertirnos un rato... Hay quien ~ supone que un médico es poco menos que un robot, incapaz de tener ideas propias, de pasarlo bien, a su manera y de acuerdo con sus posibilidades.

Kovach encendió entonces un cigarrillo, bajo la atenta mirada de Janet Merrit, un tanto burlona.

—¿Debo entender, doctor Kovach, que pretende usted pasarlo bien conmigo?

Ned carraspeó fuertemente.

—Digamos que lo que pretendo es que usted y yo lo pasemos bien, juntos, olvidándonos por unas horas de nuestro trabajo. No sé si a usted le ocurre lo mismo, pero a mí no siempre me resulta agradable mi trabajo.

—El señor Zucker resulta desagradable, ¿no es cierto?

—Ni más... ni menos, que otras personas aquejadas por el mismo mal. En cuanto a lo desagradable que puede resultar Waldo T. Zucker, opino que usted tiene que saberlo mejor que yo... ¿No le parece?

—¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

—¿Lo dice en serio?

—Doctor Kovach: usted me ha llamado por teléfono, me ha citado, me ha hecho una invitación..., y yo he aceptado. Somos una mujer y un hombre... No me diga que piensa pasarse el tiempo hablando de asuntos profesionales.

Ned Kovach sonrió, lentamente. Durante unos segundos, estuvo

mirando fijamente a Janet Merrit, mientras su mano libre se deslizaba hacia un hombro de la mujer. Una vez allí acarició suavemente la fina piel de la enfermera-secretaria.

—Personalmente, señorita Merrit, mis preferencias son muy diferentes.

—Y yo... lo celebro, doctor Kovach.

—¡Ejem!... ¿Qué le gustaría hacer esta noche?

—No sé... ¿Se puede ir a la luna?

—Todavía, no —sonrió Ned—. Pero hay sitios tan estupendos como pueda ser la luna. Todo depende de la compañía.

Janet miró la mano que todavía estaba acariciando su hombro y suspiró levemente.

—No sé por qué estoy pensando que tengo la mejor compañía para no echar de menos ese viaje a la luna..., doctor Kovach.

Kovach tiró el cigarrillo por la ventanilla del coche. Luego, tras un instante de vacilación, se inclinó hacia Janet, quitó la mano de su hombro... y puso los labios en aquel mismo lugar.

Luego, musitó:

—No hace falta viajar a la Luna para disfrutar de ella...

Puso, el coche en marcha, hacia la Quinta Avenida. Luego, condujo a buena marcha hacia el sur. Cruzaron Brooklyn y continuaron hacia Coney Island. Desde lejos, vieron ya las luces de colores que se movían en la oscura noche. Poco después oían las risas y los gritos de alegría y espanto a la vez. El mundo giraba alocadamente en Coney Island, la gente se divertía, gritaba, reía...

Cuando el

G-man

detuvo el coche en el centro del conglomerado de atracciones, Janet Merrit lo miró, desconcertada.

—¿Es éste su modo de pasarlo bien, doctor Kovach?

—En el fondo soy un poco niño... ¿Quiere tirar al blanco? ¿O prefiere la «Gruta de los Horrores»? ¿La noria? ¿El tobogán acuático? ¿El pim-pam-púm? ¿Le gustaría tener una muñeca?

—Entiendo que estaba invitada a cenar...

—¡Oh, por supuesto! En seguida vuelvo.

Kovach se apeó del coche, fue hacia una máquina, empezó a tirar monedas por la ranura y regresó un par de minutos después al coche, llevando en sus manos dos Coca-Colas y media docena de

sándwiches.

Janet lo miraba más y más incrédulamente.

—¿Ésta será nuestra cena?

—¿Por qué no? Imagino que está un poco cansada de consomés, pollo frío, verduras, pescados, caviar, champaña... El señor Zucker es lo bastante rico para proporcionarle todo eso a su secretaria y enfermera. Por mi parte, aunque no tan rico seguramente también me regalo demasiado en la mesa... Creo que ésta es la cena que durante mucho tiempo hemos estado esperando... ¿No está de acuerdo conmigo?

Janet Merrit sé echó a reír, al fin.

—¡De acuerdo, doctor Kovach! Y quiero decirle que me ha impresionado usted mucho más que si me hubiese llevado a cenar al Club 500.

—Ésa ha sido mi intención... ¿Ha cenado alguna vez en la playa?

Janet se estremeció.

—No.

—Pues llegó el momento.

—Pero... nos vamos a helar de frío...

—¿Usted cree, Janet?

Ned Kovach separó sus labios de los de Janet Merrit, lentamente.

—¿Frío? —preguntó en un susurro.

—No... ¿Qué hora es?

—Muy tarde.

—Deberíamos... volver.

—¿Por qué?

Janet Merrit sonrió.

—Ya terminamos la cena, ¿no?

—La cena, sí. Pero... ¿Preocupada por Zucker?

—Un poco.

Kovach volvió a besarla y Janet correspondió al beso.

—¿No duerme mucho?

—¿Quién, yo?

—No, no —rió Ned—. Me refiero a Zucker.

—¡Oh!... Bueno, él es un hombre raro... No. Creo que tío duerme mucho.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé...

—¿Dónde pasa las noches?

—En su habitación del piso alto, claro...

—¿No baja nunca a la planta?

—¿De noche?

—Claro.

—No sé... Creo que sí. Algunas noches he oído el montacargas especial que él mandó instalar... ¿Por qué hemos de terminar hablando de él, fatalmente?

—Deformación profesional —rió Ned—. Y hablando de profesión, creo que será mejor que reservemos ya.

—¡Oh, no!...

—¡Oh, sí! —sonrió el

G-man

—. Hay que cumplir con el deber.

La besó de nuevo. Janet Merrit alzó los brazos, rodeó con ellos el cuello de Kovach y se apretó contra éste, correspondiendo al beso.

Después suspiró.

—Ha sido una noche maravillosa...

—Todos necesitamos algo así de cuando en cuando. Nuestra vida es muy dura, Janet. Bueno: ahora tendremos que ir con cuidado con el perro.

—¿Qué perro?

—Pues... el que vigila la quinta de Zucker, ¿no?

—No hay ningún perro allá.

—¡Ah...! Pero habrá alguna vigilancia... Vaya: Zucker es un hombre rico. No creo que deje la entrada muy fácil a cualquiera que pretenda robarle algo...

Janet Merrit tenía fruncido el ceño.

—Es una idea que habrá que tener en cuenta. Se lo diré mañana al señor Zucker.

—¿No hay ninguna clase de vigilancia o sistema de alarma, actualmente?

—No.

El

G-man

movió la cabeza.

—Mal hecho, mal hecho...

Había sido ella quien le había besado aquella vez. Cuando se apartó suspiró:

—¿No volveremos a ver?

—Ha sido una cena barata —sonrió Kovach—. Y como es un gasto que puedo soportar, espero que nos volveremos a ver, desde luego.

Janet volvió a besarlo. Se apeó del coche, llegó a la verja, la abrió y entró en la quinta. Se volvió y saludó con la mano. Ned Kovach correspondió al saludo y puso en marcha el coche, alejándose.

Detuvo el coche dos manzanas más allá, encendió un cigarrillo y miró su reloj. Bueno, no había que precipitarse... Sabía de la quinta lo suficiente para deambular por ella con toda comodidad. Sólo tenía que esperar a que Janet Merrit se durmiese. Calculó que lo haría pronto. Quizá media hora... Lo más peliagudo estaba en el nerviosismo nocturno del propio Waldo T. Zucker. Resultaría muy desagradable que éste tuviese por norma deambular cada noche por la casa...

—Es un cochino riesgo que hay que correr.

Zucker tenía un solo ojo, pero parecía que nada podía, escapársele...

Después del cuarto cigarrillo, Ned volvió a mirar su reloj... Aquélla era la hora más indicada para que un agente del FBI actuase igual que un vulgar revienta pisos...

Se apeó y regresó a pie hacia la quinta de Zucker.

Ya dentro de la casa fue directo hacia la biblioteca. Temía encontrarla cerrada, pero no fue así. Empujó la madera y estuvo a punto de saltar hacia un lado cuando la luz dio de lleno en su rostro. En seguida sonrió, un tanto nervioso. ¡Sólo los peces!

La luz del pequeño acuario continuaba encendida y un resplandor entre verde y rosado se expandía por la biblioteca.

Llegó al bar, tomó la botella de *whisky* y bebió un sorbo, sin dejar de mirar a su alrededor. No necesitaba la linterna, de momento...

Estuvo calculando la posibilidad de que la caja fuerte estuviese detrás de alguno de los cuadros o escudos... Quizá detrás de la

cabeza del alce. O en la biblioteca. Una biblioteca tan grande que podía contener muchos secretos...

De pronto, su mirada quedó fija en la puerta que él había creído daba a un lavabo instalado expresamente para Waldo Zucker, pero acerca de lo cual el propio Zucker le había desengañado. Sin embargo, toda puerta da a algún sitio...

Se acercó a ella, puso la mano en el pomo. Intentó moverlo y no cedió.

Ned Kovach refunfuñó algo, por lo bajo, disgustado. Metió la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y sacó un paquete que debía abultar poco más que uno de cigarrillos, envuelto en goma. Lo desenvolvió, dejando visibles buen número de finas ganzúas de distinto tamaño. Aquella puerta podía ser fácil de abrir o resultar inexpugnable.

Miró la cerradura, echó un vistazo a las ganzúas, y eligió una de ellas.

Estaba empezando a introducirla en la cerradura cuando oyó un suave chasquido. En seguida, un zumbido levísimo.

—¡El montacargas!

La revelación fue un impacto casi tangible para el G-man.

Miró a todos lados y se decidió por el sofá. Corrió hacia él, se colocó detrás y se apresuró a envolver de nuevo las ganzúas en su funda de goma que las sujetaba.

Pocos segundos después se oía otro chasquido. Luego, nada. Y de pronto, la puerta de la biblioteca empezó a abrirse, lentamente. Ned Kovach escondió a toda prisa la cabeza después del rápido vistazo hacia allá.

Había tenido tiempo de ver a Waldo T. Zucker, en su silla de ruedas, en el quicio de la puerta.

Un suavísimo chirrido hizo comprender al G-man que la silla de ruedas se estaba desplazando.

Waldo Zucker, siempre en su silla de ruedas, había quedado de espaldas al

G-man, quien no se atrevió a moverse a pesar de que si el inválido, se volvía lo vería irremisiblemente.

Kovach esperó que Zucker hiciese algo de ruido con una llave algo grande que sacó de debajo de sus ropas y metió en la cerradura. Aprovechando tal ruidito, el agente del FBI se desplazó hacia detrás de uno de los sillones. Ahora, aunque Zucker se volviese, no podría verlo.

Pero Zucker no parecía haber oído nada.

Entró en aquella habitación y cerró tras él, con llave.

Fue entonces cuando Ned Kovach se dio cuenta de que estaba sudando.

Se pasó la manga por la frente, esperó unos segundos y decidió acercarse a la puerta aquélla. Zucker llevaba colgada del cuello aquella llave, de modo que no podía haberla dejado en la cerradura. Eso quería decir que ésta se hallaba libre, y que quizá pudiese ver algo por el agujero.

Conteniendo la respiración, el
G-man

se acercó a la puerta, se inclinó, y miró por el ojo de la cerradura. Sólo pudo ver las piernas de Zucker y parte de la silla de ruedas.

—Je, je... je, je...

Ned Kovach sintió como un soplo helado en la nuca al oír aquella risa cascada y cruel, los pelos de la nuca se le pusieron de punta.

Se movió un poco, buscando un mejor ángulo visual, pero no pudo lograrlo. Dentro había luz, si bien no demasiada. Parecía como si la proporcionase una pantalla que la fijaba en determinado lugar de la habitación.

—Hoy serán dos...

Kovach notaba la sangre como si estuviese siendo bombeada de un lado a otro de su cuerpo. El corazón le latía con fuerza, hasta el punto de que le pareció ruidoso.

—Uno y uno, dos... Dos y uno, tres... ¡Tres! Je, je, je... ¡Je, je! Esto es bonito... ¡Qué bonito!

Waldo Zucker estaba hablando solo. Parecía feliz con sus continuos «je, je, je».

—Esto también es bonito...

Kovach oyó ruido como de agua.

Zucker se iba entusiasmando más y más con sus risitas, y afuera, Ned Kovach sentía un escalofrío tras otro.

—Pronto serán dos... ¡Dos ya! Y en seguida se completará la lista... ¡Eso es! ¡La lista negra! ¡Je, je!...

Oyó ruido como de cristal, y de nuevo como de agua. Estaba tan desesperado buscando un ángulo visual más propicio, que dos de sus uñas rozaron ligeramente la madera. Se quedó petrificado, inmóvil.

—¿Quién hay ahí? ¿Quién es?

Kovach se mordió los labios. Oyó ahora el inconfundible clic-clac

de la corredera de una pistola al ser montada. Era un ruido que jamás podía ser confundido con ningún otro. Vio la pistola entre las rodillas de Zucker y la mano izquierda de éste, que acababa de efectuar el movimiento de la corredera. La pistola quedó sobre el regazo del inválido y la mano izquierda fue hacia la rueda.

El

G-man

se incorporó cuando la silla de ruedas se puso de pronto en movimiento hacia la puerta. Se volvió, ojeó el terreno y corrió hacia el sillón. Se colocó detrás, conteniendo la respiración. Parecía que en su cabeza hubiese un tambor tan ruidoso como su propio corazón.

Su mano derecha sacó la pistola que llevaba sujeta a la pantorrilla con dos gomas. En absoluto tenía miedo, y mucho menos ante un enemigo como Waldo Zucker. Tampoco pensaba disparar..., a menos que se tratase de decidir cuál de los dos iba a continuar viviendo.

La puerta se abrió. Una luz viva pasó junto a los brazos del sillón, muy baja, brillando sobre el *parquet*.

Durante quince o veinte segundos no se oyó el menor ruido en la biblioteca. Kovach se imaginó a Waldo Zucker mirando hacia todos lados con su único ojo, vivo y rápido como el de un ave de rapiña, pistola en mano. Desde luego, la silla de ruedas no se movía, o sea, que Zucker continuaba en el umbral del cuarto misterioso. ¿Hasta cuánto rato era capaz de permanecer allá, escrutándolo todo con su ojo de ave rapaz?

—Je, je...

Ned Kovach estuvo a punto de suspirar cuando oyó el leve quejido de la silla de ruedas. La puerta se cerró de nuevo y el

G-man

pareció deshincharse. De nuevo estaba sudando...

Se limpió el sudor y se metió la pistola entre el pantalón y la carne, por debajo del negro jersey.

Aunque más apagada, se oía de nuevo la risa de Waldo Zucker, y su voz, en continuo soliloquio. Las risitas eran frecuentes. Era el comportamiento de una persona que se siente feliz, a solas, por lo que sea... Kovach creyó oír todavía un par de veces más aquel ruido de agua...

Cinco o seis minutos después, la puerta volvía a abrirse. Se oyó el ruido de la silla, siempre muy leve. Zucker podía moverse por toda la casa sin hacer ruido. Incluso el montacargas era lo más silencioso posible.

Ned Kovach oyó el ruido de la llave en la cerradura y el ruido de ésta cuando la llave cumplió su servicio. Luego, de nuevo, el leve ruido de la silla de ruedas.

—Je, je, je...

Waldo Zucker apareció en su radio visual, haciendo girar la rueda con la mano izquierda. Kovach no pudo ver la pistola, pero era obvio que Zucker podía, esconderla en cualquier lugar de la silla, o de su propio cuerpo, cómo hacía con aquella llave.

—Je, je...

Le oyó salir de la biblioteca, oyó el suave ruido de la puerta al cerrarse. Se asomó, asegurándose de que Zucker había salido y fue hacia aquella puerta. Oyó el chasquido de la puesta en marcha del montacargas, con silla incluida. Luego, el montacargas descendió, vació. Parecía que lo lógico hubiese sido que Zucker lo dejase arriba, ya que era para su uso exclusivo, pero él sabía por qué lo enviaba abajo...

El

G-man

fue una vez más hacia la puerta del cuarto de los «je, je», sacó de nuevo el envoltorio de goma y eligió la ganzúa más grande de, todas, la más sólida y gruesa. Durante cinco minutos, con el sentido auditivo repartido entre el ruido de la ganzúa en la cerradura y lo que pudiese ser oído en el vestíbulo, Kovach estuvo hurgando.

Por fin decidió utilizar la ganzúa que le seguía en tamaño inferior.

Y en menos de un minuto el puño de acero giró, y la puerta quedó suelta ante el federal.

Entró, dejando la puerta entreabierta, para que la luz del acuario le permitiese de un solo vistazo, y más de prisa que moviendo la linterna de un lado a otro, hacerse una perfecta composición del lugar.

Conseguido esto, cerró la puerta y encendió la linterna, dirigiendo la luz a todo su alrededor, lentamente ahora. Parecía una continuación de la biblioteca, sólo que más recargada de trofeos de caza y de libros, que ocupaban dos de las paredes. No era muy grande, como, quince pies de ancho y otros tantos de largo, quizá un poco más.

Y A un lado había un escritorio adosado a la pared, debajo mismo de la disecada cabeza de un puma. Había algunos pajarracos, también disecados. Por poco que se pensase no quedaba más remedio que llegar a la conclusión de que Waldo T. Zucker había sido muy aficionado a la caza.

¿También a la del hombre?

No. Porque una cosa parecía segura: Zucker estaba total y realmente inválido. De otro, modo, hubiese podido bajar a su habitación privada a pie, sin el engorro que debía significar el empleo del montacargas y la silla de ruedas.

Una de las cabezas disecadas estaba muy baja, y eso extrañó a Kovach. Hasta que comprendió que si estaba a aquella altura era porque Zucker no podía llegar más arriba. Fue hacia la cabeza, la tocó, la movió...

Cedía hacia adelante. Estaba montada sobre una plancha de roble, a la cual se había provisto de bisagras, de modo que se abría como una puerta.

Exacto.

Allá estaba la caja de caudales. No parecía excesivamente difícil de abrir, pero nunca se sabe. Por otra parte, existía la posibilidad de que hubiese una conexión que produjese un timbrado de alarma, o quizá alguna luz en el dormitorio de Zucker. Un hombre que tiene cerrada una habitación, la llave de cuya puerta la lleva colgada del cuello, también debe adoptar otras precauciones.

Pero un detenido examen convenció a Kovach de que no parecía conectada a la caja ninguna señal de alarma. Entonces, se quitó los

guantes y comenzó a manejar los discos de la combinación. Por una corazonada, partió como base para la clave de la palabra «guerra». Guerra mundial, segunda gran guerra... Y los años en que se había desarrollado, como número.

Acertó en el año: mil novecientos cuarenta y cinco. Y de pronto, como una revelación, una palabra vino a su mente, una palabra muy relacionada con Waldo Zucker: Neuengame.

La marcó... Y la caja quedó abierta. Así pues, aquélla era la combinación: el año en que Waldo T. Zucker había sido liberado del campo de concentración alemán de Neuengame.

Abrió del todo la puerta y dirigió la luz de la linterna al interior de la caja. Había una libreta de tapas negras, documentos de tipo personal de Waldo Zucker y dinero. Unos doce mil dólares. La diferencia hasta doscientos mil era sencillamente notable. No había ni un centavo más de doce mil dólares.

Examinó los documentos, comprendiendo en seguida que carecían de interés. La libreta parecía otra cosa. Quizá las treinta primeras páginas estaban escritas. Hablaba de guerra, de Neuengame, de orejas, de ojos...

Ned Kovach fue hacia el escritorio y dio la luz del flexo. No era demasiado potente, pero serviría. Colocó bajo ella la libreta, manteniéndola abierta con dos dedos, luego sacó el encendedor y tomó la fotografía de las dos primeras páginas. Pasó hoja y volvió a tomar la fotografía de las dos siguientes páginas. Estuvo mirando fotos hasta que se acabaron las páginas escritas. Diecisiete fotos, esto es, un total de treinta y cuatro páginas.

Devolvió la libreta a la caja, colocó los documentos en su sitio y se aseguró de que no había doble fondo ni más dinero. Cerró la caja y fue hacia el escritorio. Pegados a la pared, había cajones y estantes. A la derecha, una puertecilla que quizá fuese la que tapaba el pequeño, espacio destinado a bar.

Registró cajones y estantes, sin hallar nada interesante.

Claro. Waldo T. Zucker no bebía. Y, sin embargo, Kovach estaba seguro de haber oído ruido de líquido. Inconfundible.

Tiró de la puertecilla que le había sugerido la presencia de un pequeño bar en la mesa, adosado a la pared, pero la puertecilla no se abrió. Sacó de nuevo la navaja y metió la hoja en la ranura. Una presión bastó para dejar suelta la puertecilla. Guardó la navaja y

tiró de la madera.

Dentro había tres botellas... No. No eran botellas. Eran tres frascos de boca ancha, herméticamente tapados. Kovach sacó el primero a la luz del flexo...

Y quedó pálido como un cadáver.

Lo que más se veía, por su tamaño, era la mano. Luego, la oreja. Por fin, el ojo, que parecía mirarlo. Estaban sumergidos en alcohol...

Ned Kovach se sintió mal. El sudor se enfriaba en su frente y le parecía que sus manos habían quedado agarrotadas.

Parecía que el borde de la oreja y la mano habían sido cosidos para mantener unidos los tejidos... Lo más espantoso era el ojo. Era algo estremecedor.

El

G-man

aspiró profundamente y sacó los otros dos frascos. Estaban vacíos. Quizá por eso pudo prestar más atención al frasco en sí y ver las etiquetas pegadas al cristal. Cada una de ellas llevaba un nombre, incluso la que contenía la mano, la oreja y el ojo.

En éste, el nombre era Paul von Keitel. En los dos frascos vacíos, los nombres eran Helmut Linz y Franz Goerdel. Al sacar el último frasco había visto algo negro al fondo. Era un papel. Un papel negro, del utilizado para proteger fotografías sin revelar.

En el papel estaban escritos los tres, nombres, en lápiz rojo. Sólo que el de Paul von Keitel, qué era el que correspondía al frasco donde estaban la mano, la oreja y el ojo estaba tachado.

Paul von Keitel.

Franz Goerdel.

Helmut Linz.

Kovach creyó comprender: los tres frascos tenían que ser llenados igual que el primero, el de Von Keitel. Tres nombres alemanes, tres frascos, Neuengame...

Y la lista negra.

¿Qué había dicho antes Zucker sobre una lista negra?... Que pronto se completaría, que en seguida serían dos ya en la lista negra... Algo así.

¿Qué tenía que ver Paul von Keitel con Waldo Zucker? El nombre alemán y la presencia de Zucker en Europa durante la

guerra podía sugerir muchísimas cosas. Pero el desconcierto persistía: ¿Qué tenía que ver el desdichado Fred Shuster con todo aquello? ¿Por qué le habían mutilado? Además, ¿dónde estaba su oreja, su mano y su ojo? Porque si los que veía pertenecían a Paul von Keitel...

Ce pronto, el

G-man

recordó que había oído ruido líquido. Y cuando comprendió lo que había estado pasando allí dentro se le volvieron a erizar los pelos de la nuca: Waldo Zucker había sacado del alcohol la mano, el ojo, la oreja... La risa del inválido parecía estar incrustada ahora en el oído de Kovach. La risa de quien lo está pasando bien con sus juguetes preferidos...

Pero él no estaba allí para horrorizarse, sino para trabajar. Y el trabajo que se le ocurrió de pronto le hizo sentirse nuevamente mal.

Salió de aquel cuarto, fue hacia el bar y bebió otro trago de *whisky* más largo que el primero, y también directamente de la botella. Se sintió un poco mejor. Cogió un vaso limpio y regresó al cuarto de los estremecedores «je, je, je». Quería tomar las huellas dactilares de aquella mano, pero quizá al no existir, transpiración no tomaría bien el vaso las huellas... Dejó el vaso, buscó un lápiz y papel y sacó la mano del frasco. La dejó para que se secase en lo posible y se dedicó a embadurnar el papel con el lápiz. Luego acabó de secar la mano y fue apretando las yemas de los dedos en el papel, finalmente, las apretó en otro papel limpio.

Cuando acabó la macabra operación estaba de nuevo sudando y más nervioso de lo que había esperado.

Dejó la mano en el frasco, lo dejó todo donde lo había encontrado y se guardó los dos papeles, cuidadosamente. De allá tenían que salir las huellas que aclararían quizá lo que estaba ocurriendo.

Se aseguró de que todo estaba en su sitio, borró las huellas que hubiese podido dejar en los lugares que había tocado, se puso los guantes, limpió el vaso y salió del cuarto.

Cerró la puerta con la ganzúa. Luego fue a dejar el vaso en el bar, y no resistió la tentación de beber otro trago de *whisky*. Al diablo las prohibiciones, las normas, las reglas y los estatutos del FBI. Rix se haría cargo de todo, seguro. Porque también era seguro

que le diría que se había empapado de *whisky*.

Vaya si se lo diría.

Y, además, le preguntaría qué habría hecho él en su lugar... Sí, señor: se lo preguntaría.

Salió de la biblioteca, recorrió el vestíbulo, el pasillo. Llegó a la cocina, abrió la ventana y saltó al exterior. Luego cerró la ventana, siempre silenciosamente.

Se alejó de la casa, mirando hacia las ventanas. No se veía ninguna luz. Se preguntó si Waldo T. Zucker estaría durmiendo, y se respondió inmediatamente que no. Aquel hombre no debía poder dormir, era imposible. Recordó el desvío de la conversación que el inválido había sufrido por la tarde, poniéndose a hablar de Ja guerra y hablando luego del inofensivo cóctel de *whisky*, zumo de naranja y soda, como si no recordase nada del tal Tomate y de que mataba a miles de alemanes...

¿Estaban en verdad bien las facultades mentales de Waldo T. Zucker?

Un par de minutos después, Ned Kovach, doctor en medicina y además un experto agente del FBI, saltaba por la parte de la calle Cincuenta y Nueve Este.

En seguida se alejó hacia la esquina donde había dejado el coche.

A ver qué cara ponía Rix cuando lo oyese todo.

CAPÍTULO VI

Ninguna, porque el inspector Rix no estaba en su despacho de la delegación.

Pero había un papel sobre su mesa. Sólo había en él una dirección: 77, Bowles Street, Queens.

Kovach se guardó el papel. Se dirigió al laboratorio, y allá entregó el rollo de película de su encendedor-cámara y los papeles que había utilizado para tomar las huellas dactilares de la mano contenida en el frasco rotulado a nombre de Phil von Keitel. Pidió que se realizase inmediatamente ese trabajo y que llevasen los resultados al despacho de Rix. Si no había nadie allí, debían dejarlo sobre la mesa.

Luego salió de la delegación, se metió de nuevo en el coche y partió hacia el 77 de Bowles Street, en Queens.

Cuando llegó allá, lo primero que vio fue un coche de la policía y un agente de uniforme en la entrada del inmueble. Una casa de dos pisos, más bien sórdida, con una ancha escalinata que llevaba al portal. Se veían luces en varias ventanas y parecía que la cosa estaba un poco excitada.

Detuvo su coche detrás del de la policía, se apeó, y caminó hasta colocarse delante del agente, al cual mostró su placa. El policeman asintió con la cabeza y señaló hacia el interior del edificio.

—Primer apartamento del segundo piso.

—Gracias. No preguntó nada. ¿Para qué? El agente poco sabría estando Rix allá, era seguro que podría informarle.

Subió la estrecha escalera de peldaños de madera, algunos de los cuales crujían, y llegó al segundo piso. Delante de la primera puerta hacia otro policeman. Que asimismo permitió el paso a Kovach, sin un solo comentario.

Apenas abrió la puerta, Ned Kovach abarcó toda la escena.

Cerca de la ventana que daba a la calle, un bulto, tapado con

una sábana. Tres hombres tomando fotos y dos tomando huellas. En un rincón, Morton, capitán de Homicidios, y Rix, del FBI. También estaba allí aquel águila que era el teniente Lloyd. Luego estaban Bowie, Sawyer y Planet. Y, por último, sentada en una silla, una muchacha, quizá un poco durita ya, pero más o menos agradable.

El apartamento era grande, destartalado. Tenía dos, dormitorios, cocina y servicios. Todo viejo, un poco lúgubre. Cristales sucios, muebles ajados, bombillas sin pantalla... Rix se había vuelto al oír abrirse la puerta.

Kovach se acercó. La muchacha estaba medio llorando ahora, pero resultaba evidente que había llorado más con anterioridad. El rímel se había escurrido de un modo lamentable por su cara y el maquillaje, en conjunto, estaba hecha una pena. Sus ropas eran vistosas, llamativas, pero no de buena calidad. Llevaba al descubierto los hombros. Un collar de bisutería, pulseras, un relojito, pendientes... Todo barato. Como ella misma. No hacía falta ser un lince para comprender cuál era la profesión de aquella muchacha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ned.

—Otro asesinato.

Kovach frunció el ceño. No hacía falta que fuese más explícito. Por el tono de voz comprendió que debía prestar auténtica atención a lo que significaba «otro asesinato».

Se acercó al bulto cubierto con la sábana, alzó un extremo de ésta y echó un vistazo.

Se mordió los labios, a pesar de que lo esperaba. Otro asesinato, en efecto. Y quedaba por añadir que reunía las mismas características que el que los tenía en movimiento hacía dos días. Le faltaba el ojo derecho, la oreja izquierda y la mano derecha...

Tapó el cadáver, tras examinar las dos heridas en el pecho y regresó junto a Rix y los demás.

—¿Cómo fue?

Rix señaló con la barbilla a la muchacha.

—Ella es Mae Sibbetts, Ned.

Kovach sonrió a la muchacha.

—Hola, Mae. ¿Lo has matado tú?

Mae palideció. Miró a Kovach con los ojos desorbitados y su barbilla comenzó a temblar. El

G-man

le palmeó un hombro, sonriendo de nuevo.

—Cálmate. Sabemos que no has hecho semejante porquería. Pero nos vas a ayudar, eso sí.

Mae asintió con la cabeza, más tranquila. ¡Aquél sí era un hombre de los buenos...!

—¿Te fue bien? —Gruñó Rix.

No parecía de muy buen humor, y eso era fácil de comprender. Ned Kovach encogió los hombros.

—Hablaremos más adelante de eso, jefe.

Morton, de Homicidios, le miró con el ceño fruncido.

—Si molesto, me largo.

—No digas tonterías, Morton —masculló Rix—. Si quieres quedarte, hazlo.

—Pensándolo bien, creo que no pinto nada aquí —murmuró el capitán del Departamento de Policía—. Así que, si no hay inconveniente, me largo. Si me necesitas...

—Te avisaré. Adiós y gracias de nuevo, Morton.

—Adiós.

Morton y Lloyd se marcharon. Por supuesto, se llevarían a los agentes de uniforme. Aquello quedaba también, ¿cómo no?, en manos del FBI.

Kovach señaló a la muchacha.

—¿Qué sabe Mae de esto, señor?

—Poca cosa. Ella te lo explicará —miró a la chica y dijo—: Explícalo todo de nuevo. Despacio, sin prisas. No te pongas nerviosa, ¿estamos?

—Sí... Sí, señor...

—Pues adelante.

Kovach le dio un cigarrillo, ya encendido, y la muchacha lo agradeció con una sonrisa.

—Fui..., fui esta noche, como siempre, al bar de Joey..., Yo voy allí todas las noches. Estaba...

—¡Un momento! —exclamó Kovach—. ¿Cómo se llama el muerto, jefe?

—Según parece, Henry Dickman.

—Henry Dickman... Completamente absurdo.

—¿Por qué?

—A Mae no le interesan nuestras cosas —sonrió, forzado, Ned—. En cambio, a nosotros sí nos interesa lo que ella pueda decirnos. Mae: continúa. Fuiste al bar de Joey y estabas... ¿Qué estabas haciendo?

—Bebía un *whisky* con agua.

—Muy bien. Sigue, sigue.

—Yo voy cada noche allí. Algunas veces había visto a..., a ese hombre.

—¿Le conocías entonces?

—No sabía ni cómo se llamaba. Pero lo había visto algunas veces por allí. Nunca le hablé porque..., porque no me pareció de los que se gastan el dinero en..., convidar a las chicas...

—¿Hay más chicas como tú en ese bar?

—Oh, sí... Somos siete u ocho...

—¿Henry Dickman... convidó alguna vez a alguna de ellas?

—Nunca.

—¿Qué hacía entonces? ¿A qué iba allí?

—¡Oh, pues...! Bueno, él bebía una cerveza o dos, estaba allí un rato y se iba. Siempre..., siempre me miraba mucho.

—¿Estás segura de que nunca te habló?

—¡Claro que estoy segura!

—Continúa.

—Él siempre me miraba mucho. Se quedaba quieto, me miraba mientras bebía su cerveza y luego se iba.

—Entiendo, entiendo... Lo entendemos todos... —Gruñó Rix—. Dinos de nuevo lo que pasó esta noche.

—Pues él llegó, más o menos a la misma hora de otras veces. Pero no fue al mostrador, ni pidió cerveza. Se sentó en una mesa del rincón y pidió una botella de *whisky* de quince dólares. Yo le estaba mirando, como otras veces, cuando él me hizo una seña. Me extrañó, pero fui a su mesa. Me dijo que me convidaba a beber del bueno y que le gustaría que estuviese un rato con él...

—¿Estuviste mucho rato allí?

—Oh, no... Bueno, una media hora, todo lo más. Hasta que se acabó la botella.

—¿Estaba borracho Henry Dickman?

—No, no... Nada de eso.

—Bien. Entonces, Os vinisteis los dos para aquí, ¿no es eso?

—Sí, sí...

—Y luego te fuiste.

—Sí...

—Pero volviste —musitó Kovach—, ¿por qué?

—Yo había..., había olvidado aquí mi collar...

—¿Estaba muerto cuando entraste?

—Sí.

—¿La puerta abierta?

—Sí, sí... No tuve, que llamar. Bueno, di dos golpecitos a la puerta, nada más, para no hacer mucho ruido.

—Y la puerta se abrió, entraste, encendiste la luz viste el cadáver...

—¿Tocaste algo?

—¡No, señor!

—Estupendo. ¿Qué fue lo primero que hiciste?

—Pues fui..., fui a por el collar.

Ned Kovach parpadeó. Asombroso. Luego dirán que pueden existir los psiquiatras y la psicología. A ver qué explicación «natural» encontrarían a esto.

—¿Qué más?

—Hubiese querido marcharme, pero tuve miedo.

—¿De qué?

—Bueno, en el bar todos se habían dado cuenta de que yo me venía con él. Si hubiese sido otro, seguramente nadie se habría fijado en nosotros, pero como él nunca invitaba a ninguna chica ni nada de eso, pues...

—Ya veo... Comprendiste que las cosas se te podían poner feas cuando se recordase que tú habías salido con Henry Dickman. De modo que fuiste una chica inteligente: llamaste a la policía, y que fuese lo que Dios quisiera.

—Sí, señor... Cualquier cosa menos eso de..., de asesinato.

—Muy bien. Quedamos, pues, en que volviste, viste el cadáver y, sin gritar ni nada entraste en el dormitorio, te pusiste el collar y, en lugar de marcharte, decidiste avisar a la policía. Estupendo, Mae. Ahora, fíjate bien, ¿os siguió alguien?

—No. Bueno, no lo sé...

—¿No te pareció que alguien iba detrás vuestro, no viste a nadie en la escalera o en el portal o en la calle cuando te marchabas?

—No, señor.

—¿Cuánto tardaste en volver a por tu collar? Espera, te lo preguntaré más claramente: desde que saliste de aquí hasta que empujaste la puerta, cuando volviste a por el collar, ¿cuánto tiempo te parece que pasó?

—Unos... diez minutos. Quizá un poco menos... Estaba ya muy cerca de
Joey's.

—¿Te parece bien si nosotros anotamos que tardaste entre ocho y diez minutos? ¿Te parece correcto?

—Sí, señor.

—¿Se te ocurre algo que pueda ayudarnos? Alguna cara conocida, algún nombre, algún hecho, por tonto que a ti te parezca...

—Lo..., lo siento...

Ned Kovach aplastó la colilla contra el suelo, frunciendo el ceño. Miró a Rix, que movió la cabeza afirmativamente.

—Es lo mismo que le sacamos nosotros, Ned.

—En ocho o diez minutos un hombre estuvo aquí, mató a Henry Dickman y se fue. Está claro que lo estaba vigilando. Como una auténtica fiera, además. Parece lógico que hubiese pensado que Mae se quedaría aquí toda la noche. Pero no pensó eso. Esperó. Y en ocho o diez minutos le mató, le cortó la mano, una oreja y le sacó un ojo...

—Ya tiene práctica —refunfuñó Planet.

Uno de los agentes de huellas se acercó a Rix.

—Estamos listos, señor.

—¿Hay huellas?

—Psé... Como siempre. Falta saber si nos serán de utilidad.

—Está bien. Que vengan a por el cadáver. Y vosotros reveladme en seguida las fotos, las huellas, los indicios... Todo.

—De acuerdo.

Los de huellas se marcharon y Rix y sus tres agentes quedaron pensativos.

Mae, que ya había comprendido quién mandaba allí, tocó una mano a Rix.

—Qué..., ¿qué van a hacer conmigo?

—¿Dónde vives?

—Tengo un apartamento pequeñito en el veintiocho de Sunset Lane.

—Márchate.

La chica abrió mucho los ojos.

—¿Que me marche...?

—Eso es: lárgate. Pero no salgas de la ciudad. Ni siquiera del distrito de Queens. ¿Entiendes? Quizá te necesitemos en cualquier momento y te envíe a buscar.

—¿No van a..., hacerme nada?

—Por esta vez, no. Pero si quieres un buen consejo, búscate una... ocupación mejor que la de ahora.

—¡Sí, sí, señor...!

—Pues lárgate.

Mae Sibbetts se apresuró a salir del apartamento y los hombres del FBI quedaron silenciosos. Al fin, Rix señaló hacia la puerta con el pulgar, mirando a Planet.

—Te enviaré el relevo por la mañana. No la pierdas de vista.

—Muy bien.

Planet echó un vistazo al bulto y salió del apartamento. Rix encendió un cigarrillo y se dio una vuelta por allí, pensativo, con el cigarrillo colgando de los labios y limpiando los lentes con su inseparable gamuza.

Se los puso al fin y miró a Kovach, suspirando.

—No entiendo nada. ¿Has tenido tú suerte, Ned?

—Regular. Encontré una mano, un ojo y una oreja...

CAPÍTULO VII

Rix acababa su cigarrillo cuando Kovach ponía punto final al relato de su actuación en la quinta de Waldo T. Zucker. El inspector pisó la colilla.

Se pasó la mano por la boca, nervioso.

—No lo entiendo... No lo entiendo, Ned. ¿Y tú? ¿Y vosotros?

Los tres movieron negativamente la cabeza.

Pero Kovach indicó:

—Quizá sepamos algo cuando tengamos las fotocopias de aquella libreta y las huellas de la mano.

—Paul von Keitel, Helmut Linz y Franz Goerdel... Tres nombres alemanes en unos frascos... y una mano, una oreja y un ojo en el frasco de Von Keitel. Esto es grotesco, macabro, estremecedor..., y un montón de cosas más.

—Pero por lo menos, en esto hay una lógica —intervino Bowie—: los nombres de esos tres alemanes sí pueden relacionarse, con Waldo Zucker, que estuvo en Europa, prisionero en el campo de Neuengame, donde perdió un ojo, una oreja y la mano derecha. Eso sí encaja, señor.

—¿Y dónde encaja Fred Shuster? ¿Y dónde encaja este hombre, llamado Henry Dickman?

—También hay otra cosa que encaja —intervino Sawyer—: los dos días del dinero.

—¿El qué?

—Quiero decir que han retirado dos veces cien mil dólares de la cuenta de Zucker... y han muerto dos hombres en las mismas condiciones.

—¿Cien mil dólares por asesinato, Sawyer?

El

G-man

encogió los hombros.

—Ya sé que es mucho dinero. Pero ¿qué otra cosa podemos pensar?

—Quizá salga otro billete de mil dólares en un calcetín de Henry Dickman —sugirió Bowie.

—No lo creo —adujo Rix—: este apartamento no ha sido registrado. Eso quiere decir que el asesino encontró en seguida lo que buscaba.

—Pero la chica ésa volvió a los diez minutos...

—El asesino no podía saber eso... Si hubiese tenido que invertir más tiempo en buscar lo que sea, ella le habría encontrado aquí.

—Y ahora tendríamos a Mae Sibbetts sin oreja, sin ojo y sin mano, quizá. ¿Por qué no vamos a interrogar en serio a Waldo Zucker?

—¿A las tres de la mañana? —farfulló Rix—. Ni hablar. Vamos a dejarlo descansar... mientras nosotros trabajamos. En cuanto vengan a por el cadáver, sellamos la puerta y nos vamos a la Delegación. Quizá las huellas de esa mano nos ayuden en algo.

Las huellas de aquellos cinco dedos jamás podían haber pertenecido a un hombre llamado Paul von Keitel, ya que eran las de Fred Shuster.

Las habían encontrado sobre la mesa de Rix, en un sobre, con el informe correspondiente y copias de las que ya poseían de Fred Shuster, el hombre asesinado y mutilado en la casita flotante de los muelles.

También estaban, en otro sobre, las fotos tomadas por Kovach de las páginas de aquella libreta, reveladas y ampliadas al tamaño de un folio. Durante veinte minutos, Ned Kovach había estado leyendo en voz alta aquellas páginas fotografiadas. Todo era machacar sobre lo mismo: la guerra, Europa, Neuengame... Y el relato agrio de un hombre que explicaba cómo le habían cortado primero una oreja, luego una mano y le habían sacado un ojo en el campo de concentración nazi, antes de que los aliados llegasen.

—Yo he logrado las siguientes conclusiones —dijo Rix cuando Kovach acabó la lectura—: Waldo Tobiah Zucker, comandante de las fuerzas norteamericanas, fue hecho prisionero y llevado al campo de Neuengame. Allá le cortaron una mano y una oreja y le sacaron un ojo a Zucker... para gloria de la ciencia. Lo milagroso es que Zucker no muriese, ni se volviera loco...

»Waldo Zucker regresa a Estados Unidos, repatriado. Se licencia, según sabemos. Durante unos años, debido a su desagradable aspecto y con una mano menos, lleva una vida retirada y a pesar de tener sólo la mano izquierda se dedica a cazar. Debe tener un coto, o una cabaña por las montañas. Siempre solo. De este modo, vive tranquilo y lejos de la gente. No olvidemos que es millonario. Tampoco olvidemos que fue un comandante de nuestras fuerzas, y que sabe manejar, sin duda, buen número de armas. De modo que se las arregla bien, sólo con la mano izquierda...

—Yo vi eso. A pesar de que sus piernas no están útiles para caminar, sí lo están para montar un arma. Metió la pistola entre las rodillas y con la mano izquierda la montó.

—Bien. Ahora pasemos a lo que ocurre cuando Waldo T. Zucker queda inválido. Desgracia sobre desgracia. Ya no puede ir a cazar. Y llegan los días malos, los días negros...

—¡La lista negra!

—Exacto, Ned. En esa lista hay tres nombres de otros tantos alemanes. Ahora, nosotros podemos pensar que. Paul von Keitel, Helmut Linz y Franz Goerdel, son los nombres de los oficiales alemanes que torturaron a Zucker.

—Y Zucker, que los recuerda, compone esa lista, negra.

—Su cabeza sólo le sirve ahora para pensar en esa lista negra... Por las explicaciones de Ned, sabemos que si hay algo que encante a Zucker es hablar de la muerte de miles de alemanes. Por eso, en su mente existe esa adoración por el soldado norteamericano apodado Tomate, uno de esos casos de valor que entró en nuestra historia militar. Zucker adora a Tomate y odia a los alemanes. Esto, desde un punto de vista humano, tiene una lógica indiscutible. Ahora bien, no todos los alemanes eran nazis, ni todos los nazis eran unos canallas...

—Tres de ellos, sí.

Rix asintió con la cabeza.

—Entre otros muchos, tres de ellos, Ned, en efecto.

—Que son: Von Keitel, Linz y Goerdel.

—Entonces Zucker decide vengarse de ellos. Confecciona su lista negra y acondiciona los frascos, las etiquetas. Entonces, paga a alguien cien mil dólares por los «trofeos» de Paul von Keitel, otros cien mil por los de Franz Goerdel y cien mil más por los de Helmut

Linz. Según parece, pronto podrá llenar su segundo frasco de alcohol. Ahora falta uno.

—Sólo que esos «trofeos» no pertenecen a esos tres alemanes, sino a Fred Shuster, a Henry Dickman ya... ¿Cuál era el próximo hombre?

Se miraron los cuatro... Estaba bien claro que un tercer hombre tenía que morir..., a menos que ellos lo impidiesen.

—No podemos saber cuál será nuestro próximo hombre, Ned. Eso es imposible. Lo que sí podemos saber es si nuestras deducciones son acertadas.

—¿Cómo sabremos eso?

—Muy sencillo: Ned volverá mañana por la noche al cuarto de los «je, je», como lo llama él...

—Demonios, jefe.

—Tendrías que ir —sonrió Rix secamente—. Lo siento, Ned, pero no hay más remedio. Y tomarás las huellas de la segunda mano. Si son las de Henry Dickman sabremos que estamos en la buena pista.

—Un momento, señor —musitó Sawyer—, ¿qué malditos demonios tienen que ver las manos y demás de Fred Shuster y Henry Dickman con los alemanes Von Keitel, Linz y Goerdel?

Rix, Kovach y Bowie se quedaron mirando fijamente a Sawyer. Al cabo de unos segundos, Sawyer enrojeció, cerró la boca, apuntó con un dedo a sus compañeros... Y de pronto palideció.

—Santo Dios...

—Vaya: el genio ya lo ha entendido —se burló Bowie—. ¿Qué iba a decirnos, jefe?

—Vamos a trazar un plan de acción, para el cual necesitaremos más hombres. Habrá que investigar la vida de Henry Dickman, como se hizo con la de Fred Shuster. Investigarla bien. También vigilarémos la quinta de Zucker y toda persona que entre o salga de ella será seguida, vigilada y se obtendrán todos los informes posibles de ella, Y la cuenta de Waldo Zucker quedará asimismo vigilada. Un hombre se quedará en el Banco y seguirá a quien vaya a retirar por tercera vez la suma de cien mil dólares.

—¿No le parece que empleamos demasiados hombres, señor? Al fin y al cabo, tenemos una buena pista y no sería necesario...

—Olvidas una cosa, Bowie: el próximo cadáver. No sabemos

quién podrá ser. Por eso, para evitar otra muerte, vamos a ser cautos. Ya no tenemos prisas. Esas cantidades de cien mil dólares y la muerte de unos hombres guardan relación. Ahora, nosotros vamos a montar esa vigilancia y las investigaciones sobre todo el mundo. Además, para estar seguros, como decía antes, será mejor que esperemos a que mañana por la noche, Ned haga otra visita al cuarto de los «je, je». Si allá hay otro... «conjunto de trofeos», no podremos dudar más.

—Todavía una cosa más, señor —musitó Sawyer—: ¿quién o quiénes hacen ese... trabajo? Porque sabemos que Zucker no puede hacerlo.

—Ésa es otra cosa que quedará aclarada es el próximo *round*, muchacho. Bien, son más, de las cuatro de la madrugada... Vamos a dormir hasta las ocho y luego, de ocho a nueve, haremos el plan y distribuiremos a todos los hombres que vayan a tomar parte en el asunto...

—¿Qué estará haciendo ella ahora? —sonrió Ned.

—Planet nos lo dirá cuando regrese por la mañana, después de ser relevado.

CAPÍTULO VIII

Hacia las once de la mañana siguiente, uno de los coches de Waldo Zucker se detenía ante la quinta. Max Hillyard, el chófer-jardinero, se apeó de su puesto ante el volante y abrió una de las portezuelas de atrás.

Un hombre como de cincuenta años, con un traje nuevo, zapatos nuevos, corbata nueva... se apeó de los asientos posteriores. Miró hacia la casa, miró a Hillyard y preguntó:

—Si esto es una broma, está llegando demasiado lejos.

Max Hillyard sonrió.

—Ya le dije que no se trata de ninguna broma. Venga conmigo.

—No me gusta esto.

—Bueno —Hillyard encogió los hombros—. Entonces, vayamos a devolver el traje, usted me devuelve también los mil dólares y todo arreglado. ¿De acuerdo, Anderson?

—Está bien... Vamos a ver a ese Zucker.

—¿Lo recuerda todo bien?

—Sí, sí...

—No fallará ahora, ¿eh?

—No fallaré.

—Vamos adentro, pues.

Hillyard abrió la verja, dejó paso libre al llamado Anderson, entró tras él, cerró de nuevo la verja. Luego, los dos caminaron hacia la casa. También aquella puerta la abrió con su propia llave el jardinero-chófer de Waldo T. Zucker. De nuevo dejó paso a su acompañante, cerró la gran puerta y señaló la que veía al fondo.

—Nos está esperando allí, Anderson.

Bill Anderson, cincuenta años, ojos azules y aspecto cansado, estaba mirando a su alrededor con claro gesto de envidia.

—Me pregunto por qué un hombre que puede vivir así se complica la vida —musitó.

—No se pregunté nada. Haga lo que tiene que hacer para ganar sus mil dólares. ¿Está bien?

—Está bien —suspiró Anderson.

—Pues sigamos.

Llegaron ante la puerta de la biblioteca. Hillyard llamó con los nudillos. En seguida, la agria voz de Waldo Zucker autorizó la entrada.

Hillyard abrió la puerta y, una vez más, dejó pasar a Bill Anderson. Entró él, cerró también aquella puerta y se adelantó hacia donde estaba Waldo Zucker, en su inevitable silla de ruedas, en su rincón preferido. Las ventanas estaban cerradas y, como en plena noche, la lámpara de pie estaba encendida, y la luz del pequeño acuario lo manchaba todo en tono verde y rosado.

Bill Anderson miró con cierta aprensión al inválido. Desde donde se había quedado, podía ver las mutilaciones, de Zucker y, en verdad, la cosa le gustaba cada vez menos.

Hillyard se había acercado a Zucker, diciendo:

—Ha venido, señor Zucker.

—Muy bien, Max... ¿Es que no quiere acercarse?

Hillyard le hizo una seña a Anderson, que se acercó no poco cohibido hacia donde estaba el millonario inválido. Quedó a menos de cinco pies de él, soportando la mirada rápida y brillante de aquel único ojo de claro color azul.

—Dígame su nombre —susurró Zucker.

—Franz Goerdel —musitó Bill Anderson.

—Siéntese... ¿Quiere tomar algo?

—Cerveza.

—Bien... Max, tráele cerveza.

El jardinero-chófer fue hacia el bar, se colocó detrás, abrió el refrigerador y sacó una botella de cerveza.

—Es alemana —dijo.

Zucker estudió a su visitante y le vio sonreír al oír aquellas palabras.

—¿Es usted alemán? —preguntó.

—Así es, señor Zucker.

—¿Qué hace en Estados Unidos?

—Bueno... hace años que vivo aquí. No hago nada especial.

—¿Me recuerda, Goerdel?

—En absoluto, señor Zucker. Lo siento.

—¿De veras no recuerda nada de mí?

—No.

—Y, sin embargo, durante un tiempo, yo fui su prisionero, en Neuengame.

—Hubo allí muchos prisioneros, señor Zucker. Pero si va a hablar de eso, y a demostrarme su rencor por algo que pude hacerle...

—Al contrario, Goerdel. Guardo muy buen recuerdo de usted. Por eso pedí a Max que localizase a algunos alemanes que estuviesen ahora en Estados Unidos. Imagínese mi alegría al saber que nada menos que Franz Goerdel, capitán de las SS, estaba viviendo en el mismo Nueva York.

—¿Y por qué esa alegría?

—Goerdel: es posible que usted no lo recuerde, pero yo le debo la vida... Ya sé, ya sé... Usted quizá está pensando que la vida que yo pueda estar viviendo ni siquiera vale la pena... Mutilado, inválido... Pero la vida es vivir, Goerdel. Y yo estoy viviendo... ¿No está de acuerdo?

—Oh, sí, por supuesto.

—En realidad —sonrió Zucker—, mi vida es un asco. Pero de no haber sido por usted, hace más de veinte años que estaría muerto... Eso es algo digno de tenerse en cuenta. Creo que fue un filósofo de no sé dónde que dijo: «Pienso, luego existo». Y yo he estado pensando mucho, Goerdel, porque estoy vivo... Y esta vida se la debo a usted... ¿De verdad no lo recuerda?

—De verdad.

—Es una lástima... Oh, tómese su cerveza alemana, Goerdel... Debe estar buena, ahora. Pero si la quiere más caliente...

—Está bien así.

Bill Anderson tomó el vaso de la bandeja en la cual le había servido Hillyard la cerveza. Mientras bebía, miró al jardinero, y captó el gesto de aprobación de éste.

—¿Está de su gusto, Goerdel?

—Oh, sí, sí...

—Bien. Me alegro. Yo..., yo había pensado hablarle de cosas pasadas, pero no sé si vale la pena.

—Si va a hablarme de la guerra y del campo de Neuengame,

señor Zucker, prefiero el silencio.

—De acuerdo... Lo mismo me sucede a mí, ésa es la verdad. Pero yo no le he buscado para recordar viejos tiempos y que le debo la vida, Goerdel.

—Dígame qué es lo que quiere, Zucker.

—Nada. ¡De veras! ¡No quiero, más que verlo, mirarlo, saber que el hombre que salvó mi vida está vivo y está bien...! ¿O no está bien, Goerdel?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, yo... no quisiera molestarlo, claro... El caso es que tengo... mucho dinero. Me parecería una tontería tenerlo si no pudiese ayudar a mis amigos, Goerdel... ¿Me comprende?

—No, Zucker.

—Pues... He pensado que quizá podría ayudarle en algo. No Se moleste conmigo, compréndame... Tan sólo que, si está en algún apuro, quisiera ayudarle.

—¿Hasta qué punto?

—Hasta mi límite.

Bill Anderson notaba los dos chorlitos de sudor que estaban ahora resbalando por su cuello, a punto de pasar por debajo del de la camisa nueva. La cerveza le sabía a demonios, hacía calor allí y el ojo de Waldo Zucker le estaba haciendo vibrar los nervios.

Pero continuó con su papel:

—Escuche, Zucker: lo que está usted hablando pasó hace veinte años. No me debe nada. No tiene por qué actuar como si todo estuviese ocurriendo ahora.

—¿Necesita algo, Goerdel?

Bill Anderson miró de reojo a Hillyard. Éste movió la cabeza y el visitante se encaró de nuevo con Zucker.

—¿Cuánto? Pida lo que quiera. Hasta dos millones, no se preocupe. De veras, Goerdel.

—Bien... Con cincuenta mil dólares todo quedaría arreglado...

—Eso es mucho dinero... Oh, no, no se preocupe. Es sólo que no lo tengo ahora en efectivo. ¿Necesita urgentemente el dinero, Goerdel?

Bill Anderson hubiese dicho de buena gana que sí, habría tomado los cincuenta mil dólares y se habría largado de allí a toda velocidad. Pero su papel era otro.

—No demasiado...

—Esta tarde tendrá esos cincuenta mil dólares. Dígale a Max su dirección y él mismo se los llevará.

—Hillyard ya sabe mi dirección.

—Claro... Max lo encontró... Bien, pues está todo dicho, Goerdel: cuente con los cincuenta mil.

—Zucker, quisiera...

—Ni una palabra más, Max le llevará el dinero, usted arregla sus asuntos... y si necesita más, me lo pide. Pero espero que no por eso dejaremos de vernos, Goerdel. Me gustaría que viniese a menudo a visitarme.

—Yo... Sí, claro, sí... Vendré a menudo...

—No quisiera entretenerlo más...

Bill Anderson estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. Logró contenerse, se puso en pie y cumplió la parte más difícil de su trabajo: tendió su mano izquierda a Waldo Zucker.

—Nos veremos... pronto, Zucker. Y gracias por todo: por las molestias que se ha tomado, por su amistad, por el dinero...

—Todo está bien, Franz —sonrió Zucker— no sería bueno que yo olvidase a quien me ayudó en tiempos difíciles. ¿No cree?

—Claro. Bien... Hasta pronto.

—Hasta pronto, Franz.

Bill Anderson salió de la biblioteca, siempre acompañado de Max Hillyard. Cuando ya estuvieron fuera de la casa, caminando hacia las verjas, Anderson miró atrás, se sacó el pañuelo y lo pasó por su frente.

—No sea estúpido ahora, Anderson —gruñó Hillyard—: hizo bien su parte. Ahora quédese con los mil dólares y haga lo que quiera. Dentro de unos días le llevaré cuatro mil más y en paz. ¿Está de acuerdo?

—Ese hombre... está loco.

—No le importa a usted. Ah, una cosa: será mejor que esta noche no se mueva de su apartamento: Es posible que a él se le ocurra llamarle por teléfono y se disgustaría si comprobase que usted no está allí, esperando los cincuenta mil dólares.

—¿Adónde irán a parar esos cincuenta mil dólares?

—Si está pensando que me los quedará yo, Anderson, se equivoca, Todos los de esta casa hacemos lo posible por mantener al

señor Zucker con vida y con alguna ilusión. Él tiene la de ayudar a sus amigos. Nosotros le decimos que los localizamos, los traemos aquí, él les ofrece lo que sea, y..., y una hora después se ha olvidado de sus promesas.

—Pero él creyó que yo era de verdad Franz Goerdel...

—El creerá siempre lo que le satisfaga. Ni siquiera recuerda el rostro de ese Goerdel. Por eso, cualquier rostro es bueno para él. Para el señor Zucker usted es ahora Franz Goerdel, y eso es todo. No se preocupe.

—Está bien... Cinco mil dólares por esto no está nada mal... Espero que no se olvide de los otros cuatro mil, Hillyard.

—Claro que no —Hillyard abrió la verja—. Ya le digo que no se preocupe. Adiós, Anderson.

—Adiós.

—Y no se olvide de quedarse esta noche en su apartamento, por si acaso.

—Está bien... Adiós.

—Adiós.

Bill Anderson se alejó de la quinta, a pie, con un traje flamante y mil dólares en el bolsillo.

Max Hillyard lo estuvo mirando unos segundos. Luego fue hacia la casa, entró y se dirigió a la biblioteca. Waldo Zucker estaba impaciente.

—¿Se ha ido ya, Max?

—Sí, señor Zucker.

—Je, je... ¡Je, je, je...! ¡Cómo lo hemos engañado! ¡Y el muy canalla no me ha reconocido...! ¿Cómo conseguiste traerlo hasta aquí?

—Igual que a Paul von Keitel ya Helmut Linz: le dije que usted estaba medio loco y que podíamos sacarle dinero entre los dos si éramos listos. Le convencí de que yo había metido el nombre de Franz Goerdel en la cabeza de usted y que todo iba a salir bien.

—Je, je... ¿Cuándo me traerás su ojo, su mano, su oreja...?

—Bueno..., usted sabe que eso ya es más difícil.

El único ojo de Waldo Zucker quedó pavorosamente fijo en su jardinero-chófer.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre que contratamos... Usted sabe que las fotografías

de Paul von Keitel y Helmut Linz han salido ya en los periódicos. La de Linz ha salido esta misma mañana...

—¡Los he visto, los he visto! ¡Je, je! ¡Vaya si he visto esas fotografías...! Pero los muy estúpidos hombres de la policía dicen que esos hombres se llamaban Fred Shuster y Henry Dickman... ¡Je, je!

—Tenga en cuenta que Paul von Keitel y Helmut Linz debían estar en Estados Unidos con documentación falsa, señor Zucker.

—¡Naturalmente! ¡Aquí se iban a atrever a venir con sus verdaderos nombres...! ¡Estaría bueno!

—Linz y Von Keitel están muertos ya —sonrió Hillyard—. Sólo falta Franz Goerdel. Pero...

—¿Qué es lo que pasa ahora? —se excitó Zucker—. ¿Es que no vas a traerme su ojo...?

—El hombre que hace el trabajo quiere más, señor Zucker.

—¡Más de cien mil dólares! ¿Está loco? ¿Cuánto pide ahora?

—Trescientos mil.

—¡Trescientos mil dólares...!

—Dice que es muy arriesgado, que ya van dos muertos así y que la cosa se está poniendo difícil, pues la policía está muy vigilante. Si aparece un tercer cadáver con esas mutilaciones...

—¡Está bien! ¿Acaso no quiere hacer tú..., tu amigo ese último trabajo?

—Lo hará. Pero ya le digo que quiere trescientos mil dólares. Luego se marchará de Estados Unidos.

—Está bien... Le daré esos trescientos mil... ¿Estás seguro de que les arranca el ojo en vivo y que la mano y la oreja también se las corta en vivo?

—Claro... Es un experto.

—Je, je... ¡Je, je, je, je...! Ven. Ven, Max, te enseñaré lo de los otros. Ven, ven...

Segundos después, los dos estaban en el cuarto privado de Waldo Zucker.

CAPÍTULO IX

Hacia las siete de la tarde, Ned Kovach salía de la quinta de Waldo T. Zucker, llevando su maletín en una mano y un cigarrillo en la otra. En esta ocasión, y ya presentado, no había sido necesaria la presencia de Eveline Bingham, la enfermera del doctor Stoddard. Simplemente, entrar, hacerle un breve examen a Zucker, inyectarle una nueva dosis de vitaminas y marcharse.

Janet Merrit le había acompañado hasta la puerta de la casa. Luego fue Max Hillyard, siempre con sus enormes tijeras en las manos, quien acompañó a Kovach hasta la verja, y la abrió.

—Hasta mañana, Hillyard.

—Buenas tardes, doctor Kovach. ¿Hay esperanzas? —Pues no sé... El señor Zucker es un hombre realmente castigado... Haremos lo que podamos, Hillyard.

—Pobre señor Zucker. ¡Ojalá usted pudiese hacer algo por él!

—A eso vamos. Hasta mañana.

Kovach se alejó de la quinta. Muy listo, el tal Max Hillyard. Demasiado listo, quizá.

El

G-man

camino un par de manzanas, por la Quinta Avenida, hasta que, de pronto, se metió en un coche. El inspector Rix lo miró, expectante.

—¿Y...?

—Todo normal. Un examen sin importancia, una inyección de vitaminas y adiós. Si no ocurre nada, esta noche volveré al cuarto de los «je, je» a ver si está... «eso» en el frasco.

—Será el golpe final. Aunque la verdad es que esto se va aclarando, por lo menos en parte. Me gustaría saber adónde Han ido a parar los trescientos mil dólares que Janet Merrit retiró esta mañana de la cuenta de Zucker.

—Lo sabremos a su debido tiempo, jefe.

—Eso es. De todos modos, es mucho más interesante lo otro, Ned. Un tipo como Max Hillyard se va esta mañana, temprano, a buscar a un tipo de las trazas de Bill Anderson y lo lleva en coche a la quinta. Luego, Anderson sale sólo de la quinta y Max Hillyard queda en la casa, como si nada.

—Bill Anderson es la próxima víctima.

—Todo parece indicarlo así. Bill Anderson reúne las mismas condiciones que Fred Shuster y Henry Dickman: soltero, de edad algo avanzada, sin nadie en la vida, solitario, sin empleo fijo... Me gustará llegar al fondo de todo esto, Ned, te lo juro.

—¿Quién está ahora vigilando a Anderson?

—Planet. El pobre está hecho migas, pero le dejaremos dormir dos días seguidos cuando esto acabe, si todo va bien.

Bill Anderson abrió la puerta de su apartamento y miró con expresión de espanto a su visitante.

—Oh, Hillyard...

Max Hillyard frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Anderson?

—Nada. ¡Nada! Bueno, no le esperaba tan pronto... Zucker no ha llamado.

—No importa. Ya debe haber olvidado el asunto. Mejor.

—¿Trae... el dinero, Hillyard? El jardinero-chófer cerró la puerta a su espalda y dirigió una mirada a su alrededor: al fondo, dos puertas, una de la cocina y otra del aseo. A la derecha, la del dormitorio. A la izquierda la del armario del *living-hall*, empotrado. También aquél era un apartamento más bien triste, pobre...

—¿Está solo, Anderson?

—Solo, claro... ¿Trae el dinero o no?

—No —sonrió Hillyard—: lo que traigo es otra cosa. Véalo, Anderson.

Bill Anderson palideció. Hillyard acababa de sacar una pistola con silenciador acoplado, con la mano derecha. Con la izquierda, había sacado, también debajo de la gabardina, unas enormes tijeras de podar.

—No... entiendo..., Hillyard.

—Le di un billete de mil dólares, Anderson, ¿recuerda?

—Sí... Claro, lo... lo recuerdo...

—Devuélvame.

—Pero... ¡Sí, ahora mismo!

—Eso está mejor. Shuster fue un poco tonto al segarse a devolvérmelo.

—¿Shuster?

—No importa. Sepa que usted y Dickman son más inteligentes, más... buenos muchachos. ¿Qué hay del billete?

—Lo tengo... en el dormitorio.

—Vamos allá.

—Hiilyard, no comprendo...

—Es sencillo: yo les doy mil dólares, ustedes representan un papel y luego vengo a por el billete comprometedor y a matarlos. Sencillo, Anderson. ¿No?

—Pero usted..., usted no puede...

Max Hiilyard quiso volverse en aquel momento cuando oyó el ligero ruido a su espalda. Pero no llegó a hacerlo. Una mano grande, fuerte, de dedos largos, se clavó en su muñeca, obligándole a apuntar al techo con la pistola. Y un brazo de acero rodeó su garganta, como si fuese a romperle el cuello.

—Quieto, Hiilyard.

El jardinero no se resignó. Ciertamente estaba en trance de morir asfixiado o por rotura del cuello, y que su mano armada de la pistola no le servía de nada. Pero sí podía servirle la que sostenía las enormes tijeras de jardinería. Moviéndose la mano, cambiando la posición de las tijeras y lanzó un doble puntazo hacia atrás, hacia el costado del hombre que le había apresado.

Sólo encontró el vacío. El brazo de acero dejó de apretar su cuello, pero ni siquiera tuvo tiempo de respirar con alivio, ya que su mano fue colocada atrás, en la espalda. Lanzó un agudo grito cuando aquella presión hacia arriba estuvo a punto de romperle el brazo. Las tijeras cayeron al suelo, pero Hillyard sabía que todo estaba perdido y quiso llevar la pelea a los últimos resultados.

Hillyard tuvo que soltar también la pistola cuando le golpearon la mano contra la pared, arrancándole carne, piel y rompiéndole huesos. Luego, una garra fuerte se clavó en su garganta, privándole de aire al instante.

Un puño durísimo se hundió en su estómago, por dos veces. Muy confuso, Max Hillyard veía ante él el rostro crispado del doctor Ned Kovach. Pero no pudo ver su mano, convertida en puño, cuando se

dirigía hacia la punta de su barbilla. Sólo sintió el violentísimo estallido, el golpe brutal.

Ned Kovach se frotó los nudillos, miró hacia el inspector Rix, que salía del dormitorio con su pistola en la mano y fue hacia la puerta.

—Adentro, Planet.

El

G-man

entró, miró con indiferencia al desvanecido Max Hillyard y luego a Bill Anderson, que se había incrustado en un rincón y parecía a punto de desmayarse.

—Tranquilo, Anderson. Todo está bien. Ya no tiene que temer nada, créame.

—Dios... Las..., las tijeras esas...

—La primera vez utilizó un cuchillo de cocina mellado y oxidado. Pero la segunda y la tercera no quiso correr el riesgo de no encontrar un arma que le sirviese para sus propósitos, y se decidió por esas magníficas tijeras. Despeja a Hillyard, Ned, tengo ganas de terminar este asunto.

CAPÍTULO X

Waldo Zucker oyó la puerta de la casa y luego las pisadas de un hombre caminando hacia la biblioteca.

—Je, je...

La puerta se abrió y Max Hillyard entró en la biblioteca como vacilante.

—¡Max! ¿Lo traes? ¡Lo traes, dímelo!

Hillyard caminó, de mala gana, hacia donde estaba el inválido, muy brillante el ojo, inmóvil y fijo en su criado. Su mano izquierda se tendía anhelante hacia el jardinero.

—¡Vamos, dámelo! ¿Qué estás esperando?

—No lo traigo.

—¡No lo traes! ¿Ha fallado el hombre?

—Sí.

—¡No! ¡Nadie puede fallar en una cosa tan fácil cobrando nada menos que trescientos mil dólares, Max!

—Ha fallado.

—Eeeh... Pero..., pero... volverás a intentarlo, ¿eh?

Un nuevo personaje entró en escena y el ojo de Waldo Zucker pareció saltar hacia allá.

—Nadie volverá a intentarlo, Zucker —dijo el recién aparecido.

—¡Doctor Kovach! ¿Qué hace usted aquí? ¡Salga de mi casa! ¡Salga, le digo!

Pero, por el contrario, Ned Kovach acabó de entrar en la biblioteca. Llegó hasta donde estaba Hillyard y lo empujó con una mano hacia el inválido. Ned Kovach no llevaba armas de ninguna clase en las manos.

—No se excite más, señor Zucker. En cuanto al hombre que ha sido asesinando y mutilando por orden suya, no es otro que el propio Max Hillyard. ¿No es cierto, Hillyard? ¡Vamos, dígalos!

Hillyard llevaba una mano metida en la gabardina, apoyándola

allí después del daño que le había ocasionado la feroz actuación de Ned. Kovach en el apartamento de Bill Anderson. Miró a Zucker y musitó:

—Sí.

—¿Tú eres el asesino? ¿Tú eres quien ha estado trabajando para mi lista negra?

—¡Sí!

—¡Te voy a...!

—¡Quieto, Zucker! —advirtió Kovach—. Antes de que usted consiga sacar su pistola de entre las mantas y montarla utilizando las rodillas, yo habría tenido tiempo de sacar la mía y llenarlo de balas. No sea estúpido.

Waldo Zucker quedó con la mano en el aire, como una garra. Estuvo unos segundos mirando al apuesto, saludable y atractivo agente especial del FBI, Ned Kovach. Por fin, la mano cayó sobre el regazo.

—Usted gana, doctor Kovach...

—De acuerdo. Hay un detalle que quiero aclararle, señor Zucker: aparte de ser médico, soy agente especial del FBI. Me parece casi una tontería decirle que está usted detenido.

—¿Por qué motivo?

—Vaya a buscar los frascos, Hillyard. ¡Vamos, muévase! Y no se las dé de listo: voy tras de usted, y desde la puerta puedo vigilarlo al mismo tiempo que vigilo también al señor Zucker por la espalda. ¿Entendido? ¡Traiga los frascos y la lista negra! Dele la llave, Zucker. ¡Vamos ya!

Waldo Zucker sacó la llave que llevaba bajo sus ropas, colgando del cuello por una cadenita. La pasó por encima de su cabeza y la entregó a Hillyard, quien, seguido de Kovach fue hacia la puerta del cuarto de los «je, je». La abrió y entró.

—No intente ninguna tontería, Hillyard. Y usted, Zucker, no se mueva lo más mínimo... Vamos, saque eso ya. Llévelo a la mesita donde el señor Zucker tiene el libro... Eso es. Apártese un poco, Hillyard... Correcto. Bien, Zucker, ¿qué tiene que decir a esto?

—¡Je, je...!

—¿Está loco?

—¡Je, je, je...! Está bien, me han descubierto ya, pero no importa. ¡No importa, no me harán nada, esos hombres que han

muerto son alemanes, enemigos de nuestra patria!

—¡Enemigos de nuestra patria! —exclamó Kovach—. ¡La guerra terminó hace veinte años, Zucker! ¡Ya no son enemigos! Y, por si eso fuera poco, sepa que esos hombres no se llaman Paul von Keitel, Helmut Linz y Franz Goerdel.

—¿Cómo..., ¿cómo sabe esos nombres...? ¡Se lo ha dicho Max!

—Eso, en parte. Pero, además, Zucker, estuve anoche aquí, en su casa, en ese cuarto... Cuando usted bajó a jugar con sus «trofeos», yo estaba tras ese sillón. Le vi, le oí... ¿Recuerda aquel ruido que le asustó? Era yo, Zucker.

—¡No es cierto! ¡No es cierto...!

—Es cierto. Lo sabemos todo ya, los hemos estado vigilando. Pero, Zucker, a usted le ha estado engañando Max Hillyard. Esos hombres que él ha matado y mutilado no se llaman, como he dicho, Franz Goerdel, Paul von Keitel y Helmut Linz, sino Fred Shuster, Henry Dickman y el último, el que hemos llegado a tiempo de salvar, el que le ha visitado esta tarde, se llama Bill Anderson.

—¡Je, je...! ¡Mentira...! ¡Mentira, Kovach! ¡Je, je...! Eran alemanes con documentación falsa...

—¡No diga tonterías! Hillyard le ha estado engañando a usted. Le hizo creer que esos hombres a los que usted odiaba estaban ahora en Estados Unidos y le dejó entender que sabía de alguien que podría matarlos... Usted le pidió entonces pruebas: los mismos órganos que le faltan a usted. Entonces, Hillyard buscó a tres desdichados que ni tenían amigos, ni familia, ni empleo... Los seleccionó, los... fichó. Luego, le dijo a usted que todo estaba listo para empezar. Cien mil dólares el primero. Cien mil dólares el segundo. Pero, por el tercero, para rematar el trabajo, le pidió ni más ni menos que trescientos mil dólares. ¿No fue así, Zucker?

—¡Están muertos! —chilló Zucker—. ¡Von Keitel y Linz están muertos!

—Están muertos Fred Shuster y Henry Dickman, Zucker. Sólo Dios sabe dónde pueden estar ahora esos alemanes a los que usted odia.

—¡Están muertos, le digo! ¡Y yo tengo sus ojos, sus manos, sus orejas...! ¡Je, je! ¡Véalas! ¡Lo mismo que ellos me hicieron a mí en Neuengame! Sólo que ellos, después de eso, han muerto...

—Otro error, Zucker. A esos desdichados los mataron primero y

los mutilaron después.

Waldo Zucker miró a Hillyard con su único ojo casi fuera de la órbita.

—¡Traidor! ¡Perro! ¡Cerdo! ¡Me dijiste que se lo habíais hecho en vivo, como ellos a mí...!

—Cálmese, Zucker —aconsejó secamente Kovach—. Y si lo hace, comprenderá que Max Hillyard le ha pellizcado medio millón de dólares por dos asesinatos que... no eran los que usted quería. Nada le ha salido bien. Ni tampoco a Hillyard. Y ahora, ríos iremos los tres: ya le he dicho que lo sé todo, Zucker.

—¿Todo, doctor Kovach? —dijo una voz tras Ned—. ¿Y no se asusta de su propia inteligencia? ¡No se mueva!

Ned no se movió. La voz había sonado en la puerta de la biblioteca.

—Todo, señorita Merrit. Si me está amenazando con una pistola, le sugiero por su propio bien que desista de ello y se entregue...

—¡Entregarme! —rió la enfermera-secretaria, Janet Merrit—. ¿Es una broma, doctor Kovach? ¡Mi querido y apasionado doctor Kovach...!

—Soy agente del FBI, se lo advierto, y...

—¡Cállese! Usted y yo ya hemos hablado demasiado. Me ha estado engañando, y ahora insiste en lo mismo. ¿Quién es...? ¿Quién y qué se propone?

Max Hillyard adelantó un paso hacia la puerta.

—Janet, él...

—¡Cállate tú también, estúpido! ¡No sabes hacer nada! Me pregunto por qué te elegí a ti para esto... ¡Nos estamos jugando medio millón de dólares y haces mal las cosas! ¡Medio millón de dólares, la huida de esta asquerosa Nueva York, el sol, los mares de color azul, no ver más a este repugnante viejo...! ¡Y tú fallas!

Waldo Zucker miraba a Janet Merrit con expresión bobalicona.

—Janet... Usted..., usted no sabe nada de esto, ¿verdad?

—¡A callar, viejo monstruo!

—¡Janet! —gimió Zucker.

—Pero ¿qué es lo que le pasa a usted? ¿Qué esperaba? ¿Qué se creía...? ¡Usted y sus historias de la guerra! ¡Su babeante odio hacia los alemanes...! ¡Pues bien, yo saqué partido de eso! ¿No sabe que usted está loco, señor Zucker? Y yo he obtenido un fruto. Escuché

todas sus historias, tuve que tragármelas... Un día tuve la gran idea. Usted está trastornado de odio... Eso es: trastornado de odio, señor Zucker. Le dije a Max que dejase caer ante usted que él conocía a un hombre llamado Paul von Keitel y usted casi saltó de esa puerca silla de ruedas. Entonces fue Max quién se convirtió en su confidente. Le prometió encontrarlos a los tres y lo hizo... Un brillo de esperanza apareció en el ojo de Zucker.

—Eran..., eran ellos, ¿verdad, Janet?

—¡No! ¡Claro que no! Eran tres desgraciados cualesquiera, que seleccionamos entre Max y yo. Primero les dábamos mil dólares, les contábamos cualquier mentira y los traíamos aquí, diciéndoles que usted estaba loco y que quería hablar con un hombre llamado Helmut Linz, o Franz Goerdel o Paul von Keitel. Ellos se presentaban admitiendo esos nombres, pues para ello cobraban los mil dólares. Usted, que está loco de remate y ciego de odio, ni siquiera se acuerda ya de las facciones de aquellos tres alemanes. Pero su odio necesitaba ser satisfecho y se convenció a sí mismo de que los tres desgraciados que Max trajo eran en verdad los alemanes... Luego, Max los mataba, le traía sus manos, sus ojos, sus orejas, y usted ¡puerco indecente!, jugaba con todo eso, feliz porque se estaba vengando, porque las fotos de los cadáveres aparecían en los periódicos, dichoso con aquellas... ¡con esas horribles cosas que tiene en los frascos! ¡Disfrute con su estúpida venganza! ¡Pero yo voy a marcharme con los quinientos mil dólares que me he ido quedando, pues cuando usted los entregaba a Max, él volvía a entregármelos a mí! ¿Se entera de esto, puerco? ¡Monstruo! ¡Sólo por soportarle, por verle cada día esa cara, ya me merezco el medio millón! ¡Monstruo, monstruo, monstruo...!

Ned Kovach se volvió hacia la puerta. Sabía que se la estaba jugando, pues la excitación de Janet Merrit había llegado a su punto culminante y cualquier cosa podía incitarla a disparar.

Pero Janet Merrit no disparó todavía, pues todo su odio, su resentimiento, se estaba volcando, desahogando, contra Waldo Zucker.

—Es mejor que se calmé, señorita Merrit —aconsejó el G-man

—. Y que deje caer esa pistola. Créame. Su amigo Max sabe que no estoy solo.

Janet miró a Hillyard.

—¿Es eso cierto, Max? ¿Está diciendo Ned..., el doctor Kovach, la verdad?

—Te lo iba a decir. Son muchos, Janet, deben estar rodeando la casa...

—En realidad —cortó Kovach—, estoy convencido de que alguno de mis compañeros está detrás de usted, señorita Merrit. Por supuesto, mientras usted se limite a hablar, ellos permanecerán pacíficos, encantados, de saber toda la verdad. Pero si intenta disparar, ellos lo harán antes.

—Usted quiere que me vuelva... ¡Quiere que me vuelva...!

—No sea niña. Sabíamos que alguien ayudaba a Hillyard, podía ser el doctor Stoddard, la señorita Bingham, una de las camareras, usted... Max Hillyard no tiene... digamos el coeficiente de inteligencia necesario para tramar todo esto. Y yo lamento que haya sido usted, pero, como comprenderá, no iba a arriesgarme a venir solo y con... con las manos en los bolsillos, podemos decir. Créame, algún compañero mío está detrás de usted.

—No lo creo...

—Se lo demostraré —Kovach alzó un poco la voz—: ¿Quieres toser, compañero, el que seas?

Se oyó una tos detrás de Janet Merrit, que palideció. Kovach dio un paso hacia ella, con la mano tendida.

—Ése es Bowie: le conozco por la tos. De veras, señorita Merrit, está encañonada. No sea tonta, deme esa pistola...

Janet Merrit dejó caer la cabeza sobre su abundante seno y Ned Kovach le quitó suavemente la pistola de la mano.

—Muy bien. Ahora...

—¡Eeeeh...! ¡Janet, él va a...!

Kovach se volvió, dejándose caer de rodillas al suelo, al oír el grito de aviso de Max Hillyard, que estaba saltando hacia el sofá.

Se habían olvidado de que Waldo Zucker estaba armado y de que era un experto. Las primeras dos balas, que disparó seguidas, pasaron por encima de Kovach y algo ladeadas.

—¡Maldita, maldita seas...! —chilló Zucker.

Detrás suyo, Ned oyó el impacto de las balas contra la carne de Janet Merrit, y comprendió que si había salvado la vida era porque Waldo Zucker odiaba más a Janet Merrit y a Max Hillyard que a él.

Al fin y al cabo, ellos le habían engañado, le habían timado, insultado, se habían reído de él...

El

G-man

comprendió que de nada valdría conminar a Zucker. No iba a dejar de disparar hasta que se le agotase el cargador o alguien lo parase, evitando que hiciese más daño.

Y así, Ned Kovach se vio obligado a disparar, con la pistola de Janet Merrit. Vio claramente a Zucker echarse hacia atrás, y parecer, durante un instante, clavado en la silla de ruedas. El solitario ojo giró vertiginosamente, pero quedó de nuevo fijo en el G-man,

como absorto. La mano de Zucker se movió, quiso alzarse, pero la pistola cayó al suelo, rebotó...

El enorme ojo dilatado efectuó un lento parpadeo, la mano ascendió lentamente hacia el pecho, se llenó de sangre...

—Está muerto —musitó.

—La chica también..., también está muerta —dijo Bowie.

—Déjala en el sofá —gruñó Rix—. Llevaos a Hillyard, que irá a la «silla» más directo que una bala, y que vengan a buscar a Zucker y a la chica.

Planet y Bowie salieron de la biblioteca, llevándose a Hillyard. Rix se quedó mirando el deprimente espectáculo de la muerte, mientras Ned Kovach iba al cuarto de los «je, je». Se detuvo unos segundos delante del sofá mirando a Janet Merrit, cuyo gesto último era de miedo, de terror.

¿Dónde había leído él que el crimen no paga dividendos?

Por fin, Kovach fue a dónde estaba Rix y le tendió el papel.

—¿Qué es esto, Ned?

—La lista negra.

El inspector del FBI la miró, como distraído. Sí, allá estaban los nombres de Paul von Keitel, Franz Goerdel, Helmut Linz.

Rix suspiró.

—Bien, por lo menos hemos salvado a uno, ¿no, Ned?

ESTE ES EL FINAL

El doctor Stoddard lo miró incrédulamente.

—¿De veras? ¿Y cuáles son sus síntomas, doctor Kovach?

—¡Oh!, pues... Bueno, me duele todo, estoy deprimido... Creo que me sentaría bien descansar...

—Bien... Según entiendo tiene usted un par de días libres, doctor Kovach. ¿Por qué no los aprovecha?

—Sí, claro... Esto... Vaya, es que ir solo por ahí es muy aburrido, doctor... Quiero decir... ¡Oh!, pues... ¡Demonios, hombre! ¿Qué tal si le da un par de días de descanso a su secretaria? Ella sería una buena enfermera para un hombre deprimido, ¿no?

Stoddard se echó a reír. Abrió la comunicación del interfono.

—¿Sí, doctor?

—Eveline, tengo un trabajo extra para usted. Sólo dos días. Se trata de atender a un paciente, de un modo... particular.

—¡Oh, doctor...! Bueno, usted sabe, tengo que estudiar...

—¿Contesto que no?

—Lo siento, desde luego... Diga que no, claro...

—Bueno, podría usted pensarlo...

—No, no. Me resulta del todo imposible. Además, tengo..., tengo muchas cosas que hacer... Sí.

—De acuerdo: le diré al señor Kovach que usted no acepta... cuidarlo durante dos días.

—¿Quién?

—Ned Kovach.

—¿Es... es él el... paciente?

—Pues sí. Pero si usted no puede...

—¿Quién ha dicho eso? ¡Oh, no tengo nada especial que hacer estos días y no me apetece estudiar...! Quiero decir que a mí también me conviene un descanso... Sí, eso es: un descanso... ¡Dígale que acepto!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan estorazadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

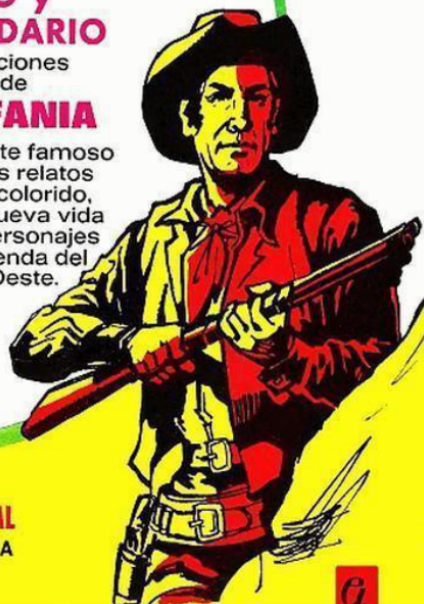
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

